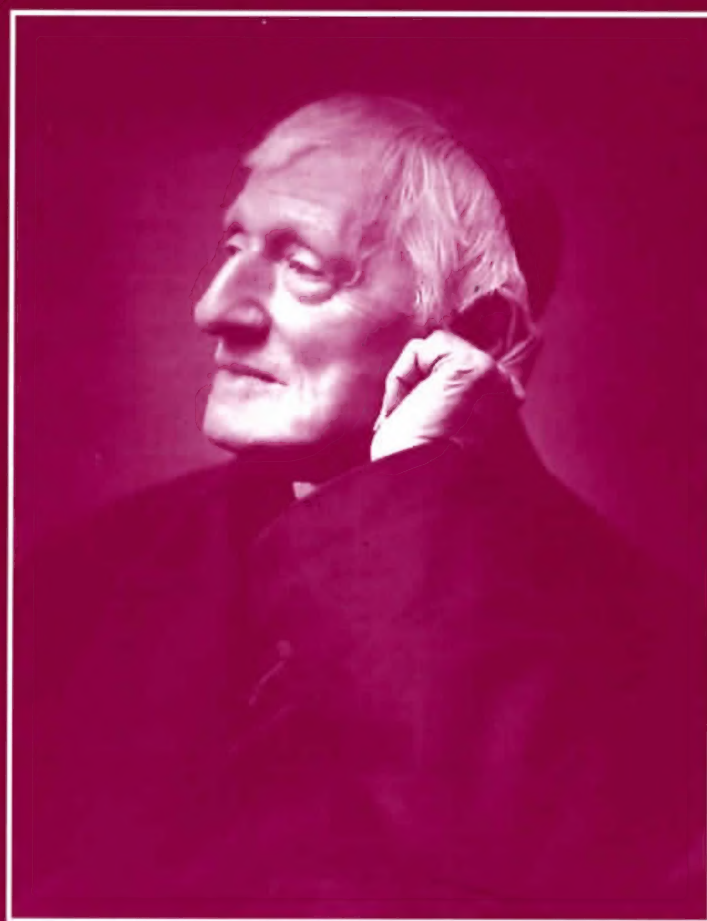


NEWMANIANA

AÑO X - NUMERO 29

ABRIL 2000



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina



LIFT VAN

MUDANZAS INTERNACIONALES

A cualquier parte del mundo, puerta a puerta con toda seguridad.

- **GUARDAMUEBLES**

En nuestro depósito de 5.000 m2 cubiertos,
con video vigilancia y guardia las 24 Hs.

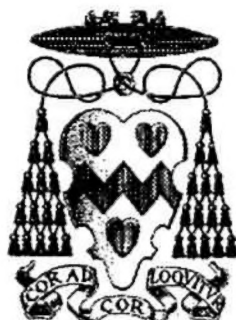
- **ARCHIVO EMPRESARIO**

- **DEPOSITOS EN GENERAL**

Ruta 202 N° 3449 Don Torcuato

Tel.: 4445-0230/0282 • 4741-7447/7236/7286 Fax: 4741-7211

NEWMANIANA



Año X - N° 29

Abril 2000

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Pablo Augusto Marini

Colaboraron en este número

Dra. Inés de Cassagne

Placid Murray

Marta Chemes

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Av. Liniers 1560 (1648) Tigre - Pcia. de Buenos Aires

- República Argentina -

Sumario

Editorial

Año Santo 20002

Sermón

La paz de creer4

Traducción de Fernando María Cavaller

Ensayos

El ministerio eucarístico9

Placid Murray

Traducción de Fernando María Cavaller

Sermón

La abnegación, criterio de la seriedad religiosa17

Traducción de Marta Chemes

Históricos

San Basilio23

La Historia de los Padres, Historical Sketches,
por John Henry Newman

Traducción Inés de Cassagne

International Centre of Newman Friends

Publicaciones recientes 1999-200034

Año Santo 2000

El año 2000 que iniciamos, según la fe de la Iglesia, lo hemos de vivir como ocasión providencial de júbilo y, desde la actitud creyente, pedir al Señor la gracia de la conversión. El Santo Padre nos invita a reflexionar y celebrar de modo expreso el misterio de Dios Uno y Trino, y además ha querido que este año sea especialmente eucarístico. Por ello el contenido de nuestra publicación tendrá principalmente esta doble temática. Habremos de traducir sermones de Newman sobre la Santísima Trinidad y textos sobre la Eucaristía.

Para el sermón trinitario hemos escrito una introducción que trata de resumir la influencia real de este misterio en la historia personal de Newman.

En cuanto al Sacramento del Altar, ofrecemos en este número el capítulo 3º del libro "Newman the Oratorian" del Padre Murray, del cual ya hemos publicado la traducción de los capítulos 1º y 2º en los números 15 (1995) y 21 (1998) respectivamente. Se trata de una obra que nos muestra la figura sacerdotal de Newman.

Incluimos, además del sermón sobre la Trinidad, otro de carácter espiritual y que mueve precisamente a la conversión, desde el llamado evangélico a la negación de sí. Agradecemos la colaboración especial de Marta Chemes, que integra nuestro grupo de traductores. Somos conscientes de traer a nuestra lengua por primera vez estos textos newmanianos, lo cual nos llena de gozo por un lado, pero por otro significa una responsabilidad grande.

AÑO NEWMANIANO 2001

En otro orden de cosas, hemos recibido ya algunas noticias de Roma, Oxford y Birmingham, que nos anuncian los preparativos para el año 2001, en el que se conmemorará el BICENTENARIO DEL NACIMIENTO DE JOHN HENRY NEWMAN, que tuvo lugar el 21 de febrero de 1801.

En Roma, el *International Centre of Newman Friends* y la Pontificia Universidad Urbana organizarán un Coloquio en esta Universidad del 19 al 21 de febrero, con un acto académico el mismo día del aniversario. Las conferencias versarán sobre seis de las mayores obras de Newman, con una introducción a su persona y pensamiento. (Informaciones en el *International Centre of Newman Friends*, Via Aurelia 257, 00165 Roma)

En Alemania se planea un seminario sobre "El corazón habla al corazón" en la Facultad de Teología de la Universidad de Friburgo en el verano del 2000, a cargo de los profesores Werner Tzscheetzsch y Günter Biemer. Asimismo, tendrá lugar en la Katholische Akademie en Friburgo, desde el 11 al 13 de mayo del 2001, un congreso sobre "La experiencia profética de Dios de John Henry Newman y su relación con la Iglesia en el espejo del mundo post-cristiano" (informaciones en el Internationale Deutsche Newman Gesellschaft, Werthmannsplatz 3, D-79085 Freiburg im Breisgau).

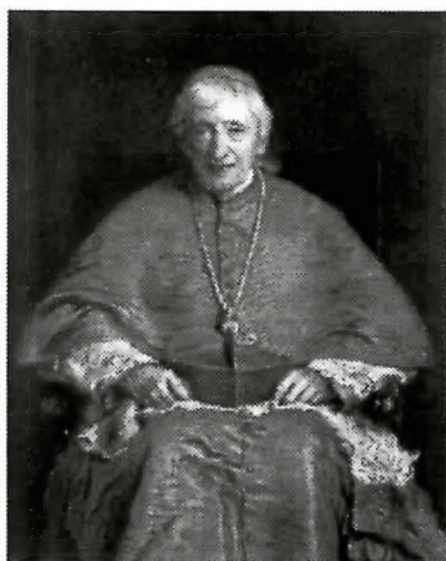
En Inglaterra tendrá lugar la Oxford Newman Conference entre el 11 y el 15 de agosto del 2001 en Keble College, sobre el tema "Newman y la fe", organizada por nuestros amigos Padre Ian Ker (Oxford) y el Dr. Terrence Merrigan. (Informaciones a Oxford Conference Management, 10b Littlegate street, Oxford OX1 1QT Inglaterra).

En Irlanda, The Venerable John Henry Newman Association in Rensselaer, Indiana (USA) organizará su congreso anual del 6 al 10 de agosto, en coordinación con el congreso en Oxford, y para coincidir en la celebración del 11 de agosto, aniversario de la muerte de Newman, que se celebrará en el Oratorio de Birmingham con una Misa solemne (informaciones a The Venerable John Henry Association, PO Box 1033, Saint Joseph's College, Rensselaer, IN 47978, USA).

En España, nuestro entrañable amigo el Padre José Morales, organizará en la Universidad de Navarra, un día académico en febrero del 2001 (informaciones al P. José Morales, Universidad de Navarra, Facultad de Teología, 31080 Pamplona, España).

Aquí también tendremos nuestra propia celebración del bicentenario. Anunciaremos en su momento el lugar y fecha.

Les enviamos un saludo newmaniano "de corazón a corazón" para esta Pascua del Año Santo. Recemos siempre por la pronta beatificación del Venerable Newman.



ORACION

Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia.
Amén.

La paz de creer

COMENTARIO PREVIO

Newman nos ha dejado varios sermones sobre la Santísima Trinidad, predicados en el día de Su fiesta litúrgica, el domingo siguiente a Pentecostés. En la liturgia de su tiempo, los domingos siguientes que nosotros llamamos "Tiempo durante el año" y que se extiende hasta el Adviento, se llamaban domingos después de Trinidad. Traduciremos este año Jubilar en el que el Santo Padre quiere que contemplemos especialmente el misterio de Dios, Uno y Trino, algunos de estos sermones. Newman, que fue sin duda teólogo de la economía divina de salvación para con los hombres, y que dedicó muchas páginas a desarrollar las "dispensaciones" divinas, como las llamaba siguiendo a los Padres, sin embargo fue también, como los Padres, teólogo de la Trinidad de Dios considerada en sí misma. Es decir no sólo en su acción creadora y salvífica, es decir en cuanto a nosotros, sino contemplando el misterio mismo de ese Dios que es Amor, que se nos revela como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Su actitud tiene relevancia toda vez que actualmente la insistencia parece ponerse en la dimensión económica, muchas veces de manera exclusiva. Newman insiste en la necesidad de "descansar" en la contemplación del misterio de Dios aun al margen de su creación y de su obra redentora, para hacer más viva la realidad de Su ser y desde ahí mostrar la maravilla a que estamos llamados, esa "paz" que es el tema del sermón. Sin entrar en consi-

deraciones que no son propias de esta breve introducción, cabe preguntarse si mucha teología actual no causa más desazón e inquietud que paz en la fe, cuando se convierte en mera antropología, cuando se pretende encerrar el misterio de Dios en algún encuadre que pueda abarcarlo, cuando se defiende su inmanencia a costa de su trascendencia, su amor hacia la creatura a costa de su libertad. Newman, en esto como en muchos otros asuntos en los que interviene nuestra razón y nuestra fe, nuestra mente y nuestro corazón, nos cura de falsas antinomias, de opciones simplificadoras, y nos eleva en sus sermones para alegrarnos con sencillez en la consideración de los misterios revelados.

Respecto de la Santísima Trinidad vale recordar que en la *Apología* habla del gran misterio de Dios como habiéndolo integrado a su fe religiosa a los 16 años, gracias a los escritos de Thomas Scott (1747-1821), clérigo anglicano de corte calvinista, autor del, por entonces, muy difundido *Comentario sobre la Biblia*. Newman cuenta esta historia de juventud así:

"...(es) el autor que mayor impresión causó en mí, al que (humanamente hablando) casi debo mi alma. Se trata de Thomas Scott, de Aston Sandford. Tanto le admiraba y me complacía en sus escritos que, estando en la Universidad, pensé hacerle una visita en su parroquia para ver la persona a quien veneraba tan profundamente. Creo que nunca abandoné la

idea de este viaje, ni siquiera después de graduarme; así que la noticia de su muerte en 1821 no fue para mí sólo un dolor sino también una desilusión...Lo que más llamará la atención de quien se acerque a la vida de Scott y sus escritos, es su rotunda ausencia de mundanidad y su vigorosa independencia intelectual. Persiguió la Verdad hasta donde quiso llevarle, empezando en el unitarismo y terminando en una celosa fe en la Trinidad Santa. Fue él quien primero plantó en mi mente esa fundamental verdad de la religión. Con ayuda de los *Ensayos* de Scott y la admirable obra de

Jones de Nayland, compuse antes de los diez y seis años una colección de textos de la escritura en apoyo de esta doctrina, con observaciones, pienso, de mi propia cosecha. Y pocos meses después copié otra serie de textos en defensa de cada uno de los versículos del Credo Atanasiano. Aún conservo esos papeles." (Apo. 32, versión castellana de J. Morales)

Este conocimiento sería desarrollado de manera metódica en su libro sobre los *Arrianos del siglo IV*, donde analiza las polémicas trinitarias y cristológicas previas a Nicea, con una erudición poco habitual.

LA PAZ DE CREER (Domingo de la Trinidad)

*Y se gritaban el uno al otro:
"Santo, santo, santo, es el Señor de los ejércitos" (Isaías 6,3).*

Cada día del Señor es día de descanso, pero este lo es quizás más que ninguno. En él no se conmemora una acción de Dios benévola y gloriosa, sino sus propias perfecciones inexpressables y su adorable misteridad. Es un día especialmente consagrado a la paz. Nuestro Señor dejó su paz con nosotros cuando se fue: "La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo" (Jn 14, 27). Y dijo que enviaría un Consolador que les daría la paz. La semana pasada hemos conmemorado la venida de ese Consolador, y hoy conmemoramos de un modo especial el don que trajo consigo en esa gran doctrina que es su emblema y su significado. "Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación" (Jn 16, 33). Cristo dice aquí que a pesar de las turbaciones del mundo Él da a sus discípulos la paz. De acuerdo con eso hoy rezamos en la Oración Colecta que debemos mantenernos en la fe de la Eterna Trinidad en la Unidad y defendidos de toda adversidad, pues al guardar esa fe somos guardados de la tribulación.

De aquí que también en la bendición que Moisés pide a los sacerdotes que pronuncien sobre los hijos de Israel, el nombre de Dios se pronuncia tres veces, en orden a bendecirlos y guardarlos, a hacer brillar sobre ellos Su rostro y a darles la paz. Y por ello también, en nuestra forma solemne de bendición con la que terminamos la celebración, impartimos a la gente "la paz de Dios que excede todo entendimiento", y "la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

Dios es el Dios de la paz, y al darnos la paz no hace sino darse a Sí mismo, manifestarse a nosotros, pues Su presencia es paz. De aquí que nuestro Señor, en el mismo discurso en el que prometió a sus discípulos la paz, prometió también que Él vendría y se manifestaría a ellos, que Él y Su Padre vendrían y harían en ellos su morada (Jn 16, 21, 23). La paz es su estado eterno. En este mundo de espacio y tiempo ha trabajado y actuado, pero no fue así desde toda la eternidad. Trabajó durante seis días y luego descansó de acuerdo a ese descanso que era su estado eterno, aunque no en el sentido de "trabajar hasta aquí", pues no descansó en su misericordia y en el juicio hacia ese mundo que

había creado. Y más especialmente, cuando envió a Su Hijo Unigénito al mundo, y ese Hijo benevolente y lleno de compasión, nuestro Señor, descendió a llegar a nosotros, Él y Su Padre juntos obraron con mano poderosa concediéndonos al Espíritu Santo, el Consolador, que también obró magníficamente hasta ahora.

Ciertamente toda la economía de la redención es una serie de obras grandes y continuas, pero aún así todas ellas tienden al reposo y la paz, como en el principio. Comenzaron desde el descanso y terminan en él. Culminan en ese estado eterno del cual salieron. El Hijo estaba desde toda la eternidad en el seno del Padre como Su amado y unigénito. Él lo amaba antes de la fundación del mundo. Tenía la gloria con Él antes que el mundo fuera. Estaba en el Padre y el Padre en Él. Nadie conocía al Hijo sino el Padre, ni al Padre sino el Hijo. "En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios" (Jn 1,1). Él era "el resplandor de la Gloria de Dios y la imagen de su Persona", y en esta inexpresable unidad del Padre y del Hijo, estaba también el Espíritu, al ser el Espíritu del Padre y el Espíritu del Hijo, el Espíritu de ambos a la vez, no separado de ellos, aunque distinto, de modo que fueran Tres Personas, Un solo Dios, desde toda la eternidad.

Así fue, se nos dice, desde toda la eternidad, antes que fueran hechos los cielos y la tierra, antes que el hombre cayera o lo ángeles se rebelaran, antes que los hijos de Dios fueran formados en la mañana de la creación, antes que los serafines taparan sus rostros ante Él y clamaran "Santo". Existía sin ministros, sin servidores, sin corte ni reino, sin manifestar la gloria, sin nada excepto Él mismo, Él es su propio templo, Él su mismo infinito descanso, Él su propia gloria, desde toda la eternidad. ¡Oh maravilloso misterio! ¡Qué profundidad la de Su majestad! ¡Qué profundas las cosas que el Espíritu solo conoce! ¡Qué magnífico y extraño a las creaturas que serpean sobre esta tierra, como nosotros, que Él, el Todopoderoso, el Omnisciente, El Bien Supremo, el Glorioso, haya habitado por una eternidad, por años sin fin, o mejor, aparte del tiempo que no es sino una de sus creaturas, que haya habitado sin aquellos a través de los cuales podía ser poderoso, en quienes podía ser sabio, hacia quienes podía ser bueno, por quienes podía ser glorificado! ¡Qué mara-

villa que todos sus atributos profundos e infinitos hayan estado sin manifestarse! ¡Qué pensamiento magnífico! ¡Y qué pensamiento consolador para nosotros, gusanos de la tierra, que tan a menudo sentimos en nosotros y vemos en otros, dones que no han sido ejercidos y poderes que están en quietud!

Él, el Todopoderoso Dios, descansó desde toda la eternidad y no obró, y ¿por qué *no* descansar, tan bueno como es, viendo que Era tan bendito en Sí mismo? ¿Por qué debía Él buscar objetos externos para conocer, para amar y para comunicarse, si era autosuficiente? ¿Cómo podía necesitar amigos como si fuera un hombre, si no estaba solo, si había tenido siempre a Su Verbo Unigénito en quien se complacía y a quien amaba inefablemente, y al Espíritu Eterno, el mismo lazo de amor y paz, morando en y siendo morada del Padre y del Hijo? Más aún, ¿cómo es que empezó alguna vez a crear, el que tenía un Hijo sin principio ni imperfección, a quien podía amar como amor perfecto? ¡Qué exuberancia que excede toda bondad fue la que tuvo para que se dignara al fin rodearse con la creación, Él, que no necesitaba nada, y cambiar Su silencio eterno por el curso de la Providencia y el conflicto del bien y el mal! Y no digo nada de las apostasías contra Él, de la rebeliones y blasfemias que los hombres y los demonios han cometido. No digo nada de esa indecible zona de aflicción, la prisión de los impenitentes, que durará por toda la eternidad, coetánea en lo sucesivo con El mismo, como en rivalidad a Su gloria celestial. No digo nada de esto, pues Dios no puede ser tocado por el mal, y todos los pecados de aquellas almas réprobas no pueden dañar Su felicidad eterna.

Pregunto, ¿cómo fue que Él, que no necesitaba nada, que era todo en todo, que tenía infinita igualdad con el Hijo y el Espíritu, que eran Uno con Él, cómo fue que creó a Sus santos, sino desde el simple amor por ellos desde siempre? ¿Por qué debía hacer al hombre a imagen de Dios, cuya imagen era ya el Hijo perfectísimo, exactísimo, sin variación, sin defecto, por una propiedad natural y unidad de substancia? Y cuando el hombre cayó, ¿por qué no abandonó o aniquiló a toda la raza, creando otras? ¿Porqué fue tan lejos como para comenzar una nueva y más maravillosa dispensación hacia nosotros, y así como había obrado maravillosamente en la providencia, también en la gracia, enviando aún a Su Hijo eterno para tomar



sobre Sí nuestra naturaleza caída, purificarla y renovarla por Su unión con ella, y que, infinita como era Su propia beatitud, y la perfección del Hijo, y la inutilidad del hombre, aun así, en Su amable bondad, determinara que ese hombre inútil pudiera ser partícipe de la perfección del Hijo y de Su propia beatitud?

Y así fue que así como Él hizo al hombre en un principio, lo redimió también, y la historia de esta redención la hemos estado siguiendo durante los últimos seis meses en nuestras celebraciones. Hemos traído a la memoria todo el curso de esa dispensación de activas providencias que Dios, en orden a nuestra redención, sobreañadió a Su descanso eterno e infinito. Primero, conmemoramos la aproximación de Cristo en las semanas del Adviento; luego Su nacimiento de la Virgen María, después de una milagrosa concepción, en Navidad; luego Su circuncisión, Su manifestación a los magos, Su bautismo y el comienzo de los milagros, Su presentación en el templo; Su ayuno y tentación en el desierto, en Cuaresma; Su agonía en el huerto; la traición, las mofas y la flagelación; Su cruz y pasión, Su entierro, Su resurrección, Sus cuarenta días conversando con sus discípulos; luego Su Ascensión, y por último la venida del Espíritu Santo en su lugar, para permanecer con la Iglesia hasta el fin, hasta el fin del mundo, pues así de larga es la permanencia del Consolador Todopoderoso con nosotros.

Y por eso, al conmemorar el oficio lleno de gracia del Espíritu durante la semana pasada, hemos sido llevados en nuestra serie de representaciones al final de todas las cosas. Y ahora, ¿qué queda sino conmemorar lo que seguirá después del fin?, es decir, el retorno del reinado eterno de Dios, la infinita paz y la perfecta gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, difiriendo ciertamente de lo que fue una vez por los frutos de la creación y de la redención, pero no en cuanto a la suprema beatitud, el inefable mutuo amor, el abismo de santidad en los que moran las Tres Personas de la Eterna Trinidad. Él es, pues, el tema de la celebración de este día, el Dios de amor, de santidad, de beatitud, en cuya presencia están la plenitud del gozo y del placer por siempre, quien es lo que siempre fue y nos ha traído a nosotros, pecadores, hacia aquello que Él siempre fue. No le dio el ser a la paz y al amor como parte de Su creación, sino que Él mismo era la paz y el amor desde la eternidad, y los bendijo al hacernos partícipes suyos, a través del Hijo, por el Espíritu, y actuó de tal modo en sus dispensaciones temporales que nos trajo hacia aquello que ese eterno.

De aquí que en la Escritura, las promesas de eternidad y seguridad vayan juntas, pues donde no hay tiempo tampoco hay vicisitudes. "El Dios eterno es tu refugio", dice Moisés antes de su muerte, "y estás debajo de los brazos eternos. El expulsa ante ti al enemigo, y dice: ¡Destrúyelos! Israel mora seguro" (Dt 33,27-28). Y también dice: "Lo guardarás en perfecta paz, en ánimo firme, porque en Ti confió. Confiad en Yahveh por siempre jamás, porque en Yahveh tenéis una roca eterna" (Is 26, 3-4). Y también: "Así dice el Excelso y Sublime, el que mora eternamente y cuyo nombre es santo. 'En lo excelso y sagrado Yo moro, y estoy también con el humillado y el abatido de espíritu, para avivar el espíritu de los abatidos, para avivar el corazón de los humillados...poniendo alabanza en sus labios: ¡Paz, Paz al de lejos y al de cerca' " (Is 57, 15,19). Y del mismo modo, de nuestro Señor y Salvador está profetizado que será "el Padre Eterno, el Príncipe de la Paz" (Is 9,5). Y también, hablando más específicamente de lo que Él ha hecho por nosotros, "El fruto de la justicia será la paz, y el efecto de la equidad, una *seguridad perpetua*" (Is 32,17).

Entonces, como hemos conmemorado durante varias semanas la economía por la cual la rectitud fue restaurada en nosotros, que tuvo lugar en el

tiempo, así desde este día en adelante traemos delante de nuestros ojos las infinitas perfecciones de Dios Todopoderoso, y nuestra esperanza de aquí en más de verlas y gozarlas. Hasta ahora hemos celebrado Sus grandes obras; de aquí en adelante le alabaremos. Ahora, por veinticinco semanas representamos en figura lo que será después. Entramos en nuestro descanso al entrar con Él, quien, habiendo actuado y sufrido, ha abierto el reino de los cielos para todos los creyentes. Por medio año nos quedamos quietos, como ocupados solamente en adorarle, y clamar con el Serafín lo que dice el texto: "Santo, Santo, Santo", continuamente. Todas las providencias de Dios, todas sus obras para con nosotros, todos sus juicios, misericordias, alertas, dictámenes, tienden a la paz y el reposo como su último fin. Todas nuestras tribulaciones y placeres aquí, todas nuestras ansiedades, temores, dudas, dificultades, esperanzas, estímulos, aflicciones, pérdidas, adquisiciones, tienden a este solo camino.

Después de Navidad, Pascua y Pentecostés, viene el domingo de Trinidad, y las semanas que siguen. Del mismo modo, después de las fatigas ansiosas de nuestra alma, del nacimiento del Espíritu, de la prueba y la tentación, del dolor y la pena, de las muertes diarias al mundo, después del diario levantarse hacia la santidad, al final llega ese "descanso que permanece en el pueblo de Dios". Después de la fiebre de la vida, de la debilidad y la enfermedad, de luchas y desalientos, languidez y enojo, esfuerzo y fracaso, esfuerzo y éxito, después de todos los cambios y oportunidades de este estado atribulado e insano, al final llega la muerte, al final el Trono Blanco de Dios, al final la Beatífica Visión. Después de la inquietud viene el descanso, la paz, el gozo, nuestra porción eterna, si somos dignos, la vista de la bendita Trinidad, del solo Santo, la Trinidad que da testimonio en los cielos, en una luz inaccesible, en la gloria sin mancha, en el poder sin "sombra de cambio". El Padre Dios, el Hijo Dios, y el Espíritu Santo Dios. El Padre Señor, el Hijo Señor, y el Espíritu Santo Señor. El Padre increado, el Hijo increado, el Espíritu Santo increado. El Padre incomprensible, el Hijo incomprensible, y el Espíritu Santo incomprensible. Pues existe una Persona del Padre, otra del Hijo y otra del Espíritu Santo, y tal como el Padre es, es el Hijo y el Espíritu Santo. Y sin embargo no hay tres Dioses, no hay tres Señores, ni tres incomprensibles, ni tres increados, sino

un solo Dios, un solo Señor, un solo increado, un solo incomprensible.

Abordemos, pues, con agradecimiento el contenido de la Fiesta de hoy, y el credo de San Atanasio, como medio de paz, hasta que nos sea dado, si lo obtenemos, ver el rostro de Dios en el cielo. Lo que la visión beatífica nos dará, la contemplación de los misterios revelados nos lo otorga en figura. La doctrina de la Santísima Trinidad ha sido tema de especial contienda entre los que se confiesan seguidores de Cristo. Ha traído la espada sobre la tierra, aunque fue revelada para traer la paz. Y trae la paz a aquellos que la reciben humildemente en la fe. Imploramos a Dios que la bendiga para nosotros, para que sea contemplada rectamente, para que no sea ocasión de contienda sino de culto, no de división sino de unidad, no de recelos sino de amor. Acerquémonos a Aquel de quien nos habla con la confesión en nuestros labios y en nuestro corazón. Miremos hacia adelante, hacia el tiempo en el que este mundo pasará con todos sus engaños, cuando nosotros, cuando cada nacido de mujer deba estar o en el cielo o en infierno. Deseemos escondernos bajo la sombra de Sus alas. Implorémosle que nos de un corazón que entienda, y ese amor a Él que es el instinto de la nueva creatura y el hálito de la vida espiritual. Oremos para que nos de el espíritu de obediencia, de verdadero respeto, un espíritu honesto, seriamente establecido para hacer Su voluntad, sin fines secretos, ni proyectos propios egoístas, sin preferir la creatura al Creador, sino abierto, claro, conciente y leal. De manera que El nos conceda, a medida que el tiempo pase, hacer su morada en nosotros. El Espíritu de la Verdad, a quien el mundo no puede recibir, habitará en nosotros, y estará en nosotros, y Cristo "nos amará y se nos manifestará", y "el Padre nos amará y vendrá a nosotros, y habitará en nosotros". Y cuando al fin llegue la hora inevitable, seremos capaces de entregar nuestras almas mansamente, nuestras pecadoras pero redimidas almas, con gran debilidad y temblor, con mucho remordimiento y profunda confesión, pero con fe firme, y en alegre esperanza, y en calmo amor, a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo, el Santo Trino, el Santo Uno, tres Personas, un solo Dios, nuestro Creador, nuestro Redentor, nuestro Santificador, nuestro Juez.

*Comentario y traducción
P. Fernando María Cavaller*

El ministerio eucarístico

Placid Murray O.S.B.

Es natural que a esta altura nos preguntemos qué consistencia doctrinal existe tras este celo por las almas y estas profundas intuiciones de la verdadera naturaleza de la predicación litúrgica. ¿Cuál es el corazón de la liturgia misma, de la Eucaristía, y de su ministerio por manos de un sacerdote ordenado? ¿Qué creía Newman como anglicano acerca de la Eucaristía y las Ordenes sagradas? ¿Hasta dónde podemos considerar su propia recepción y celebración de la Santa Comunión anglicana desde joven hasta la mitad de su vida, como la matriz de su fe y experiencia eucarística como católico y sacerdote?

Existen muchos problemas delicados estrechamente conectados, que necesitan ser desenmarañados si queremos traducir fielmente todos los diferentes matices de este cuadro. Estamos metiéndonos en el alma de un hombre que vivió centrando su devoción en la Santa comunión anglicana, antes de llegar a la Iglesia Católica y a la Misa. Como católico no borró simplemente lo que había vivido como anglicano. Después de su conversión, hablando de su fe como anglicano, escribió: "...y cuando asistía temprano al Servicio Eucarístico en St. Mary (lo menciono así concretamente, pues estoy apelando claramente a mi memoria) tenía una sensación absoluta y embargadora de la Presencia real..." (Carta a H. Wilberforce, 27-1-1846).

El único medio satisfactorio de hacer justicia en todos sus aspectos a este complejo problema, es seguir las huellas del crecimiento en la propia vida

de Newman de su pensamiento y su fe acerca de la Eucaristía. Cualquier otra aproximación, especialmente si se trata de un sumario esquemático y confeccionado de títulos, sería una armadura pesada e inapropiada. Newman mismo solía quejarse como David, del peso de la armadura del rey.

El punto básico en todo este asunto es su desarrollo doctrinal en la década 1823-1833, durante la cual abandonó su temprana posición evangélica y llegó a sostener firmemente una fundamentación del dogma, como la ha descrito en su "Apología":

"...que había una Iglesia visible, con sacramentos y ritos que son los canales de la gracia invisible... después de la lectura de los teólogos anglicanos por un lado y luego de proseguir en el estudio de los Padres por otro lado..." (Apo p.49).

De acuerdo con Brilioth, "la aceptación de Newman de la doctrina de la regeneración bautismal indica su defección del evangelismo". Con respecto a la Eucaristía, debemos tener en cuenta que Newman, como editor de los "Remains" de Froude, aprobaba enteramente el notable ensayo sobre el sacerdocio y el sacrificio que este libro contiene: su posición teológica puede ser rectamente descrita como la fe en la Presencia real, y en la Eucaristía como sacrificio, aunque sin aceptar la doctrina de la Transubstanciación. En una carta polémica en la que sostiene los puntos de vista de Froude sobre la Eucaristía, defiende la doctrina de la Presencia Real como la propia del Catecismo de la Iglesia de Inglaterra y de las Homilías así como

la del teólogo anglicano Hooker, presentando el problema así:

"...tres cuestiones se nos ofrecen a la consideración; primero, si hay una Real Presencia de Cristo en este Sacramento, luego qué es Ella, y tercero dónde...".

Después de haber citado formularios oficiales anglicanos sobre la Presencia, concluye:

"...estos pasajes parecen determinar que el Cuerpo y la Sangre de Cristo no están ausentes sino presentes en la Cena del Señor, y que si realmente y de hecho el Cuerpo de Cristo está allí, Su Alma está allí, y Su Divinidad... No hay ninguna duda de Su Presencia en nuestros altares en cuanto Dios, pues El está en todas partes, pero la cuestión es si Su naturaleza humana está presente también en el Sacramento..." (Vía Media, II, p. 220-21; 1837).

Examina luego el problema de qué significa decir que Cristo está realmente presente, aunque no localmente:

"Presencia... es una palabra relativa, que depende de los canales de comunicación existentes entre el objeto y la persona ante la cual está presente. Es casi siempre correlativa a los sentidos... Así como la vista, para ciertos propósitos, aniquila el espacio, así otras desconocidas condiciones de nuestro ser, corporales o espirituales, pueden prácticamente aniquilarlo por otros propósitos. Tal debe ser la Presencia Sacramental. Nos arrodillamos ante el Trono Celestial y la distancia desaparece. Es como si ese Trono fuera el Altar que está junto a nosotros". (id, p. 227-228).

A esta primera sugerencia añade ahora otra, que confirma la nota que agregó más tarde como católico ("Su Presencia es substancial, relativa al espíritu, sacramental; un absoluto misterio, no contra la razón, pero sin embargo contra la imaginación, que debe ser recibido por la fe", id, p. 220, nota 6 agregada en 1877):

"Nuestro Señor... ahora que está en el cielo... no está sujeto alas leyes de la materia, y no tiene necesidad de relación a un lugar ni depende de sus condiciones... Su modo de hacerse presente en la tierra, de ir y venir, es tan diferente al modo natural a los cuerpos por la locomoción, donde la cercanía está determinada por intervalos y la ausencia es sinónimo de distancia, como es diferente el espíritu de la materia. Él puede estar literalmente presente en la Sagrada Eucaristía, y sin embargo, sin haberse hecho presente por movimiento o tránsito alguno, puede permanecer continuamente a la diestra de Dios" (id, p. 228).

En tercer lugar, considera la relación de los elementos consagrados con aquellas realidades de las cuales ellos son el signo externo. Aquí Newman retrocede ante la doctrina de la Transubstanciación (que la interpreta mal, como admite en una nota posterior), pero continúa manteniendo la realidad de la Presencia. Hablando de este texto en la "Apología" dice: *"(Era) un intento de ubicar la doctrina de la Presencia Real sobre una base intelectual. La idea fundamental es consonante con aquella a la que había estado apegado por tanto tiempo: la negación de la existencia del espacio excepto como una idea subjetiva de nuestras mentes"* (Apo., pág. 73).

Con esta base teológica de la Presencia Real en la mente, examinemos ahora la enseñanza de Newman sobre el papel espiritual que tiene la Eucaristía. Poseemos afortunadamente dos exquisitos sermones eucarísticos suyos, uno fechado en 1832, el otro en 1838. Estas fechas, debemos destacarlo, son significativas, pues dentro de ese período Newman no pensaba aún dejar la Iglesia Anglicana. Tenemos aquí, pues, su fe anglicana en la Eucaristía, expresada con la mayor convicción. Los dos sermones son respectivamente "La resurrección del cuerpo" (Plain and Parochial Sermons I, XXI, p. 271) y "La Presencia Eucarística" (id, VI, XI, p. 136), y deben ser tomados no solamente como representativos de su pensamiento, sino como la más explícita declaración del mismo.

La resurrección del cuerpo

En este sermón Newman se ocupa del efecto de comer nosotros la carne de Cristo. ¿En qué sentido real el pan consagrado es Su Cuerpo? No lo sabemos, no debemos inquirir en ello, lo que nos concierne es el efecto en nosotros al comerlo. Esta doctrina está dirigida a la fe, no a la razón, exactamente como en la doctrina de la resurrección de los muertos, pues sabemos tan poco del alcance del poder de Dios que no tenemos nada que razonar sobre ello, no tenemos medios o base para la argumentación. Ésta, sin embargo, no es una ciega incertidumbre. Nosotros sabemos que comemos Su Cuerpo y bebemos Su Sangre, "pero es sabiduría no preguntar curiosamente cómo o de dónde, ni dar extensión a nuestros pensamientos, sino tomar y comer y de ese modo sacar provecho".

Examinando la promesa de Cristo de la vida a través de la Eucaristía, Newman coincide con la moderna visión bíblica acerca de la unidad de la



La primera multiplicación de los panes (Mt 14, 13-21), xilografía de Víctor Delhez, reproducida en "Los Cuatro Evangelios de Nuestro Señor Jesucristo", Editorial Kraft, Buenos Aires, 1956.

naturaleza del hombre. Tenemos tendencia a hablar de "alma y cuerpo" como si pudiéramos distinguir entre ellos, pero mayormente usamos palabras sin sentido. Alma y cuerpo forman un hombre, que nace una vez y nunca muere. La Sagrada Cena de Cristo es el alimento para todos nosotros, seamos lo que seamos, alma, cuerpo y todo. No nos es dado para distinguir lo que hace por nuestras diferentes naturalezas, espiritual y material.

La promesa escatológica de vida en la Eucaristía se nos hace familiar con mayor fuerza en el lugar alrededor de la iglesia donde se entierra a los muertos. Ese polvo llegará un día animado, vida para el Dios vivo. En el Servicio de Comunión (Communion Service de la iglesia anglicana), mag-

nificamos a Dios junto con los Ángeles: si nuestros ojos fueran abiertos como al siervo de Eliseo, percibiríamos a los Ángeles en su ministerio para con el cristiano muerto.

La conclusión expresada en este sermón es que el cuerpo no es la fuente del pecado. El pecado es una enfermedad de la mente, de toda nuestra naturaleza. Cristo ha redimido toda nuestra naturaleza, alma y cuerpo pecadores. Debemos guardar año por año la semilla de vida ofrecida a nosotros en la Eucaristía, creyendo que un día dará fruto.

No hay nada incompatible con la teología católica en este sermón, excepto quizás en la excesiva insistencia sobre nuestra incapacidad de penetrar el misterio, enfatizando el punto casi como si debiéramos renunciar a toda investigación teológi-

ca del mismo. El proceso de pensamiento de este preciso sermón, sin embargo, nos muestra a Newman mismo ejercitando su propia mente acerca de las implicaciones del texto de Lucas 20, 37-38 ("Dios es Dios de vivos") y su trasfondo eucarístico. El tratamiento de la Eucaristía en este sermón, como la semilla de vida e inmortalidad, a falta de referencias explícitas, puede ser, no obstante, referido con toda confianza a las Epístolas de San Ignacio de Antioquía como inspiración.

No estaría fuera de lugar aquí preguntarse cuántos sermones católicos predicados en esa época, en Inglaterra o en cualquier otro lugar, fueron un eco tan fiel a la comprensión bíblica y patristica del significado de la "vida", de la "unidad" de la persona humana, de la dimensión escatológica de la celebración eucarística.

La Presencia Eucarística

Es necesaria una corrección mental preliminar cuando leemos este sermón: Newman como anglicano no tenía idea acerca de la Presencia en la Reserva del Sacramento.⁽¹⁾ El se refiere, luego, a la Presencia de Cristo durante la celebración del misterio, no al Santísimo Sacramento en el tabernáculo. Por cierto, podemos notar que después de su conversión al catolicismo, encontró gran consolación en su fe en el Sacramento reservado.⁽²⁾

El sermón que contiene una riqueza de intuiciones que suenan sorprendentemente modernas, comienza refiriéndose al tiempo que va desde el Miércoles de Ceniza al Domingo de la Trinidad, como el tiempo sacramental del año. Somos llamados a la fe en este tiempo de una manera excepcional. El más grande y más alto de todos los misterios sacramentales que le han sido concedidos a la fe es la Santa Comunión. Cristo, que murió y resucitó por nosotros, está en él espiritualmente presente en la plenitud de su muerte y resurrección. Llamamos a su presencia en este santo Sacramento, una presencia "espiritual", no como si "espiritual" fuera un nombre o una manera de hablar, y El estuviera realmente ausente, sino como manera de expresar que el que está presente allí no puede ser visto ni oído, que no puede ser acercado o determinado por ninguno de los sentidos, que no está presente en un lugar, que no está presente carnalmente, y sin embargo está realmente presente. Y cómo es esto, es, por supuesto, un misterio. Todo lo que sabemos o necesitamos saber es que Él

nos es dado, y que esto ocurre en el Sacramento de la Santa Comunión. El sermón está basado en Juan 6, 50 y Newman toma este capítulo sexto de San Juan como tratando de la última Cena, como si fuera de hecho un comentario sobre el relato que de la misma nos dan los otros tres evangelistas. San Juan explica como una doctrina lo que los otros evangelistas expresan como una ordenanza. Cuando Cristo usó las palabras que trae el texto de San Juan, estaba describiendo prospectivamente ese don, el Pan y el Vino consagrados, que en el tiempo propicio, sería concedido a la Iglesia para siempre. Este anuncio en San Juan mira hacia adelante y tiene su cumplimiento en el Pan y el Vino consagrados de la Santa Comunión.

No se concibe que Aquel que es la Verdad y la Vida misma usara palabras difíciles cuando podía usar simples. ¿Qué es más probable, que su significado esté más allá de nuestro alcance, o que sus palabras estén más allá de su significado? Los sentimientos opuestos de San Pedro y los discípulos al "duro lenguaje" de Cristo, nos dan un indicio de la intención real de nuestro Salvador.

Luego debemos considerar la alusión de Nuestro Señor al maná, Algunas personas explican nuestra comida de la carne y la sangre de Cristo como si solamente significara recibir una prenda de los efectos de la Pasión de su Cuerpo y Sangre, esto es, en otras palabras, del favor de Dios Todopoderoso, pero ¿cómo puede significar el don de Cristo de su Cuerpo y Sangre meramente darnos una prenda de su favor? Estas tremendas palabras son demasiado claras y precisas para ser tratadas descuidadamente. Cristo no habría usado tan definidos términos para expresar una idea tan apartada del significado de los mismos y fácil de expresar en lenguaje simple. Ahora bien, aumenta la fuerza de esta consideración observar que el maná, al cual El compara su don, no era una manera de hablar, sino algo definido y particular, realmente dado, realmente recibido. El maná no fue simplemente salud, o vida o favor de Dios, sino cierta cosa que causó la salud, continuó la vida y anunció el favor de Dios. El maná fue un don externo para los israelitas, y externo incluso para el propio juicio de Dios sobre ellos y resolución concerniente a ellos, un don creado por Él y compartido por su pueblo. Lo que así fue el maná en el desierto, eso ciertamente es el maná espiritual en la Iglesia cristiana. El maná en el desierto fue un don real, tomado y comido; así es el maná en la Iglesia. No es la misericordia o el favor de Dios, no es un estado

de gracia, o la promesa de vida eterna, o los privilegios del Evangelio o la fe en esa doctrina, sino que es lo que Nuestro Señor dijo que es, el don de su propio precioso Cuerpo y Sangre, realmente dados, tomados y comidos como el maná pudo serlo (aunque de un modo desconocido), en un tiempo particular, y en un cierto particular lugar, esto es, en el tiempo y lugar cuándo y dónde es celebrada la Santa Comunión.

El predicador examina ahora el significado de la reprensión de Nuestro Señor a la multitud por no hacer hincapié en el milagro de los panes como un milagro. Cristo generalmente reprende a los judíos por pedir signos, pero aquí los estimula. Los encuentra aquí en falta, porque no insistieron en el milagro. Ahora, suponiendo que el Don Eucarístico es un signo especial, esto justifica la diferencia entre su conducta en esta ocasión y en las otras, siendo tan incrédulo pasar por alto los signos cuando son dados, como pedirlo cuando son negados.

Además, la naturaleza incomprendible del milagro de los panes es una suerte de protección del misterio de la Eucaristía contra las objeciones con las cuales los hombres acostumbran a atacarla. Como los otros milagros de Cristo, ellos son, puede decirse, inteligibles aunque sobrenaturales, pero hablar de cinco mil personas siendo alimentadas con cinco panes puede ser presentado perfectamente como una contradicción en los términos. ¿Cómo pudo ser? ¿Creció la substancia del pan? ¿O era el mismo pan aquí, allí y en todas partes, para este hombre y aquel, a una y al mismo tiempo? ¿O fue creado en la forma de pan, en esa condición última a la que el grano llega por la labor del hombre, y esto una y otra vez creado de la nada hasta que todos los cinco mil quedaron satisfechos? Si lo maravilloso del milagro de los panes no es objeción real contra su verdad, tampoco es la maravilla del Don Eucarístico ninguna dificultad real para creer en ese don.

Además, la identidad de los gestos que Cristo hace al multiplicar los panes y en la Última Cena, nos muestra que la alimentación a la multitud con panes significa la Cena del Señor.

Al final del discurso, Cristo aparentemente se retracta de sus palabras. Tomando en consideración el argumento de que Él parece moderar las maravillosas palabras que usó primero, ¿qué se sigue de semejante confesión? Solo esto, que la regla de Dios para tratar con el incrédulo está aquí nuevamente ilustrada, como si dijera “es por un don

divino que tú crees; ten cuidado de que por las objeciones provoques que Dios retire de ti Su auxilio, Su gracia previniente e iluminadora”.

Un sermón como este dio ciertamente el más pleno contenido eucarístico posible al Servicio de Comunión anglicano, y como tal, en relación a sus antecedentes y encuadre histórico, el lector de hoy solo puede elogiar y asentir. ¿Cuál es, sin embargo, su valor, juzgado desde los criterios absolutos de la fe católica? Es un sermón, no un tratado. Ningún predicador, y ante todo Newman, abarca siempre todos los aspectos de su materia. De hecho, Newman acostumbraba a reprochar tanto a los evangélicos como a los católicos la particular debilidad de querer escuchar que se diga todo en cada sermón. Aquí lo tenemos limitándose a sí mismo a tratar la realidad de la presencia de Cristo durante la celebración de la Eucaristía. Llama a esta presencia “espiritual”, pero inmediatamente restringe esto diciendo que no sea mal interpretado en el sentido de equivalente a irreal. Su argumento del paralelo entre el maná y la Eucaristía acierta en término exacto de comparación: la concreta naturaleza particular de ambos, no meramente una doctrina, sino un don. Ha comprendido el significado de los “signos” dirigidos a la fe, y ha visto en la incomprendibilidad del milagro de los panes un velo protector del misterio eucarístico. Ha visto rectamente que Juan 6 nos interpreta los relatos sinópticos de la Última Cena. El último punto sobre el trato de Dios con el incrédulo está en la línea de la doctrina de la Carta a los Hebreos acerca de no endurecer el propio corazón.

Todo esto constituye un valioso conjunto de intuiciones perfectamente válidas dentro de una teología de la Eucaristía, bíblica y sacramental. ¿Falla Newman un poco en la completa doctrina católica al no afirmar que la Eucaristía no es solo un don de Dios a la Iglesia, sino también un sacrificio, una ofrenda de Cristo al Padre? No propone explícitamente esto, pero tal omisión no sería en su caso la negación de esta verdad, desde que él no consideró necesario decir todo en cada sermón. Debemos, también, notar cuidadosamente la frase: “Cristo, que murió y resucitó por nosotros, está en él (el misterio eucarístico) espiritualmente presente, en la plenitud de su muerte y resurrección”. Esta frase, que recuerda la “Presencia misteriosa” de Casel, combinada con la teología de Newman sobre la Presencia Real, se encamina hacia un concepto sacrificial de la Eucaristía.⁽³⁾

Después del 14 de octubre de 1843, Newman “no se consideró más a sí mismo como un sacerdote al servicio de la Iglesia de Inglaterra...”, nos dice Brilioth. Es importante, sin embargo, darse cuenta que siguió considerándose a sí mismo como un sacerdote, y ello en virtud de su ordenación anglicana. ¿Cuál era, pues, su punto de vista preciso sobre las Ordenes anglicanas al tiempo de su conversión y en los años inmediatamente siguientes a la misma? Parece haber habido un desarrollo definitivo y un cambio en su pensamiento sobre el punto entre octubre de 1845 y julio de 1848: un cambio de la creencia en la validez de las mismas en su propio caso a la creencia en la no validez en general. Escribiendo el 9 de octubre de 1845, el mismo día en que fue recibido como católico, dice:

“La Iglesia de Roma nunca ha reconocido las Ordenes inglesas, aunque nunca las ha negado formalmente. Prácticamente, soy un laico a sus ojos” (Carta a Miss Parker, L.D. XI, p. 15).

Así también escribe en la Apología: *“Un tiempo después de mi admisión en la Iglesia católica me propuse ocuparme en alguna profesión secular”* (Apo., p. 235). No hay, sin embargo, ningún indicio, como uno puede ver en su correspondencia día por día, de haber dado ningún paso concreto en orden a tomar una profesión secular, ni da en la Apología ninguna razón de su propósito de hacerlo así.

La razón real para esta resolución no era que no se sintiera llamado a ser sacerdote en la Iglesia católica, sino que creyendo ser verdadero sacerdote en virtud de su ordenación anglicana, sentía escrúpulo de exponer el sacramento al sacrilegio por la re-ordenación. Se refiere a esto en una carta del 11 de abril de 1846 a Dalgairns:

“...Ni un director desautorizaría la suerte de escrúpulos que solo yo tengo de recibir las órdenes” (L.D. XI, p. 148).

Escribiendo una semana después a Mrs. Bowden, dice:

“...Olvido si le he contado que cuando estuve en Londres para la Navidad, el Dr. Griffiths pudo remover mi dificultad acerca de recibir la ordenación. Mi dificultad, por supuesto, había sido que no podía decir que las órdenes anglicanas fueran inválidas. Parece que la administración condicional de los sacramentos fue introducida tarde en la Iglesia, estando la condición implícita, como era necesario en tales casos, en la intención de la Iglesia... Luego, las autoridades católicas tratan las órdenes anglicanas, que consideran solamente dudosas, en

ningún otro modo del que tratan las propias cuando son dudosas” (L.D. XI, p. 151).

Su pensamiento no había cambiado aún por enero de 1847, como lo muestra el siguiente pasaje de una carta escrita desde Roma a Mrs. Bowden:

“...Como la ordenación, entre otros privilegios aquí, la pueden conferir en sus distintos grados sin intervalo, es probable que seamos ordenados subdiácono, diácono y sacerdote en el curso de 10 días, justo antes de nuestro regreso. Estoy alegre de mi libertad, pues las responsabilidades de las órdenes crecen y crecen sobre mí a medida que me acerco a ellas, y esto sin ver ningún gran fundamento de razón para pensar diferente acerca de mis órdenes anglicanas que antes...” (L.D. XII, p. 15).

Newman fue ordenado sacerdote el domingo 30 de mayo de 1847. No hay evidencia que muestre ningún cambio de mente, por esa fecha, de su parecer sobre las órdenes anglicanas desde la última citada carta de enero de 1847. Sabemos por una carta escrita un año y medio más tarde que la pregunta por la validez de la ordenación anglicana nunca le fue hecho “por o desde alguna autoridad en Roma” (Carta a Wilberforce del 28 de febrero de 1849, L.D. XIII, p. 73). En esta misma carta repudia la afirmación de “que yo no pueda ordenarme, porque no habría negado la validez de las órdenes anglicanas”. No sería, sin embargo, correcto decir que fue ordenado “condicionalmente”, si quisiéramos decir con ello que se mostró con él algún tratamiento especial o preferencial en deferencia a su propia convicción de la validez de su ordenación anglicana.

Después de su ordenación como sacerdote católico, parece haber tomado una postura muy rápida contra la validez de las órdenes anglicanas. De este modo escribe el 21 de julio de 1848:

“...No puedo dejar de decir que no pienso que la Iglesia establecida está mejor en cuanto a los sacramentos, que otros cuerpos no católicos que no han renunciado al bautismo... No puede sorprender que diga esto considerando que he tenido los más grandes dudas sobre la validez de las órdenes anglicanas. Ni veo cómo un católico que lee imparcialmente la doctrina católica y la historia anglicana puede estar sin ellas. Si la Iglesia anglicana no tiene órdenes no tiene Eucaristía...” (Carta a Robert Monteith, L.D. XII, p. 249).

En una carta del 11 de octubre del mismo año escribe:

“...Si la Iglesia inglesa tiene el Sacramento de la Eucaristía, no puedo imaginar cosa más espantosa

que sacerdotes consagrando y gente recibiendo a quien no creen, el disponer descuidado de la propia carne de Cristo, las migajas debajo de las cuales yace dejadas sobre la patena, los pedazos que parecen ser desparramados y hechos a un lado, la sangre bebida como un refresco o un convite después del Servicio, o echada de nuevo en la botella... y ciertamente es un argumento que ha influido por algún tiempo en mí, en corroboración de otros más directos, en prueba de que la Iglesia anglicana no tiene la sucesión apostólica" (Carta a Catherine Ward, L.D. XII, p. 293).

Teológicamente, pues, uno puede decir que su actitud hacia las Ordenes anglicanas en el período inmediatamente precedente y siguiente a su ordenación al sacerdocio católico, fue como sigue. El único escrúpulo que tenía de recibir las Ordenes Católicas era que haciéndolo, pudiera exponer el Sacramento (que él había recibido ya) al sacrilegio. Sus temores en este punto fueron disipados por el Dr. Griffith con su explicación sobre la actitud de la Iglesia en la administración condicional de los sacramentos. La condición estaba implícita en la intención de la Iglesia cuando se conferían órdenes en el caso donde las órdenes existentes, bien sea romanas o anglicanas, eran dudosas. Dentro de los cinco meses anteriores a su ordenación, aun no podía ver ningún fundamento importante en la razón, para pensar diferente que antes respecto de su ordenación anglicana. Sin embargo, dentro del año después de su ordenación, habla definitivamente contra su validez, y anticipa ya el argumento desde hechos históricos amplios en preferencia a una minuciosa investigación de antigüedades, tal como la desarrolla en su carta del 5 de agosto de 1868 al Padre Coleridge.⁽⁴⁾

En cuanto a la obra de la gracia en los corazones de muchos anglicanos con ocasión de sus ordenaciones, no niega el hecho en sus casos, ni en su propia memoria de su propio caso, pero no admitirá que es dada a través de la ordenación misma, sino solamente por el vigoroso acto interior del recipiente. De aquí que en una carta del 25 de septiembre de 1848 ya use la distinción entre *ex opere operato* y *ex opere operantis*, aunque no en estos términos:

"...Ni es válido decir que la gracia parece darse entre anglicanos a través de los Sacramentos, y que los disidentes ni siquiera lo pretenden. Es imposible asegurar si se da a través de las ordenaciones o en respuesta a los buenos sentimientos y

pensamientos existentes durante su administración... ciertamente decir que la gracia de Dios trabaja fuera de los límites de la Iglesia, no es hablar contra esa gracia. Adoramos Su misericordia tanto más cuanto Él es misericordioso más allá de Su promesa. Cuando Él da la gracia a los que están fuera de la Iglesia, no es para mantenerlos fuera, sino para traerlos dentro. Así como dio la gracia a Abraham o a Cornelius no para dejarlos dónde estaban sino para traerlos a dónde no estaban". (Carta a Catherine Ward, L.D. XII, p. 271-2).

Este pensamiento es desarrollado en "Difficulties felt by anglicans in catholic teaching" (Dificultades que experimentan los anglicanos respecto de la enseñanza católica):

"Si Ud. meramente quiere decir que la gracia sobrenatural de Dios, manifestada tanto en el momento o por los frutos consiguientes, lo ha embargado en ciertos instantes, que ha estado con Ud. cuando estaba participando en la ordenación anglicana, no tengo deseo, y un católico no tiene ansiedad, en negarlo. ¿Por qué habría de negar a su memoria lo que es tan agradable a la mía?... ¿Puedo olvidar, nunca podré hacerlo, el día en que, en mi juventud, por primera vez me obligué a mi mismo al ministerio de Dios en aquella vieja iglesia de St. Frideswide, la patrona de Oxford? ¿Podré olvidar cómo derramé las más abundantes y dulces lágrimas cuando pensé lo que después llegaría a ser, aunque considerara la ordenación como un rito no sacramental ni atribuyera al bautismo ninguna virtud sobrenatural? ¿Puedo borrar de mi memoria o desear borrar aquellas alegres mañanas de domingo, claras u oscuras, año tras año, cuando celebraba su rito de comunión en mi propia iglesia de St. Mary?... Con todo ¿qué tiene que ver esto con el asunto en cuestión? Yo admito su realidad. ¿Admite Ud., a su vez, mi explicación de la misma...? (Diff. I, p. 81-2).

Prosigue luego a comparar evidencias de santidad entre los metodistas (a través de la predicación, no de los sacramentos) en orden a manifestar la fuerza del argumento de que la gracia puede ser conferida *ex opere operantis*. Tanto como puedo asegurarlo, él no prosigue hasta el punto más difícil de explicar de cómo las gracias recibidas en la Santa Comunión anglicana se pueden reconocer como gracias "eucarísticas", un paralelo casi perfecto con las gracias recibidas en la Misa católica. Para cualquiera que pondere los escritos eucarísticos anglicanos de Newman, este problema no puede dejar de presentarse y fastidiar la mente del lec-

tor en busca de una solución satisfactoria. La paradoja permanece en cuanto que podemos ahora aplicar en sentido católico, y particularmente a la luz de la moderna teología litúrgica, lo que él escribió originalmente para anglicanos y con el Servicio de comunión anglicano en mente. Se puede hacer referencia aquí al tratamiento de Schillebeeckx del valor religioso de los sacramentos en las iglesias cristianas separadas, aunque él está tratando más con los protestantes continentales que con anglicanos. Schillebeeckx considera que un cristiano evangélico celebrando el Servicio de Comunión, posee indudablemente una "Eucaristía de deseo", y por allí participa, aunque no plenamente,

te, en la res sacramenti. Continúa agregando que existe más que un valor religioso subjetivo en la ceremonia protestante de la Cena del Señor, aunque es cuidadoso en decir que él lo dice, sujeto a cualquier eventual decisión de la autoridad magisterial de la Iglesia sobre la materia. Dice: "El rito del Servicio de Comunión, aunque no es ni siquiera en parte un sacramento válido, es una manifestación cuasi-sacramental de un deseo eucarístico explícito, que, además, implícitamente desea los verdaderos frutos de la eucaristía católica" (Cristo, sacramento del encuentro con Dios, 1963).

Traducción: P. Fernando María Cavaller

(1) Fuera del tiempo de la celebración, la costumbre de Reservar no existía en aquella época entre anglicanos. Cf. Apología, p. 35: "...Estaba afligido por llegar a casa; aún así, por aguardar un barco me quedé tres semanas en Palermo. Comencé a visitar las iglesias, y ellas calmaron mi impaciencia, aunque no asistí a ningún servicio. No sabía nada acerca de la presencia del Santísimo Sacramento allí...". El "Oxford Dictionary of the Christian Church" (1958) trae la siguiente nota sobre "Reservation": "...En cuanto a la historia, la práctica había muerto en la Iglesia de Inglaterra, excepto en muy raras instancias, antes del comienzo del siglo XIX, pero ahora ha sido ampliamente restaurada... Las rúbricas que permitirían su práctica en el English Prayer Book de 1927 y 1928, contribuyeron mucho a derrotar el proyecto del Parlamento.

(2) Los siguientes fragmentos ilustran la devoción personal de Newman al Santo Sacramento. En una carta del 4 de octubre de 1846 a Mrs. Bowden, escrita desde Milán en su viaje a Roma, escribe: "...aquí hay una veintena de iglesias que están abiertas para el que pasa, ...en cada una de las cuales... el Santísimo Sacramento está disponible para el fiel aún antes de que entre. No hay nada que me haga más familiar la Unidad de la Iglesia como la Presencia de su Divino Fundador, y Vida dondequiera que voy. Todos los lugares son, como si dijéramos, uno..." (L.D. XI, p. 254). Nuevamente a la misma corresponsal en julio de 1851 acerca de la vocación de su hija: "...El voto de obediencia es el voto difícil. Es muy complejo, no es meramente obediencia a un superior, sino a un estado de cosas, resignación a las compañías que a ella pueden no gustarle, etc. etc. Una intensa devoción al Santísimo Sacramento superará todas las pruebas" (L.D. XVI, pág. 307).

En medio del cansancio por el juicio de Achilli (1852), Newman empleó la mayor parte de su tiempo rezando delante del Santísimo Sacramento en la capilla de la calle King William (Trevor, I, p. 595).

Más tarde en 1860, escribiendo en su Diario Privado acerca de la dificultad de no ser apreciado por sus superiores eclesiásticos, dice: "Esto hace naturalmente que me recoja en mí mismo, o mejor, me hace pensar en volverme más hacia Dios, si es que ya no me ha vuelto. Me hace sentir que en el Santísimo Sacramento está mi gran consolación, y que mientras tenga al que vive en la Iglesia, los miembros separados de la Iglesia, mis Superiores, aunque puedan pedir mi obediencia, no tendrán motivo para recla-

mar mi admiración, no ofreciendo nada para mi confianza interior..." (Autobiographical Writings, p. 251-252).

(3) En el Tract 90, Newman hace un último esfuerzo supremo para reconciliar la doctrina sacrificial católica de la Misa con los formularios oficiales del anglicanismo, particularmente con el artículo XXXI de Treinta y Nueve Artículos. Sostiene que "no se habla del sacrificio de la Misa, en lo cual se presentaría la especial cuestión de doctrina, sino "del sacrificio de Misas", ciertas observancias, la mayor parte privadas y solitarias, que los redactores de los Artículos sabían que habían estado vigentes en tiempos pasados, y vieron delante de sus ojos, y que involucraban ciertas opiniones y una cierta enseñanza" (Via Media, II, p. 315; edición 1877). En la reedición del Tract, Newman, ya católico, repudió esta distinción: "No veo entonces cómo se puede negar que este Artículo llame al sacrificio de la Misa mismo, en todas sus celebraciones privadas y solitarias (para no hablar de otras), es decir, en todas sus celebraciones diarias de fin de año a fin de año, toto orbe terrarum, una 'fábula blasfema'" (nota I). Uno debiera referir a esta altura a Francis Clark, S.J., cuyo estudio "Sacrificio Eucarístico y la Reforma" (Londres 1960), tiene como tesis principal que los reformadores ingleses (y de aquí la Iglesia Anglicana) habían rechazado realmente la doctrina católica del sacrificio de la Misa, y no meramente los pretendidos abusos medievales de la misma.

(4) Essays Critical and Historical, II (ed. 1890), p. 110. El Ensayo X en este volumen, "La catolicidad de la Iglesia anglicana", escrito por Newman como anglicano está seguido por una "Nota sobre el Ensayo X" escrita cuando católico, en la cual llega a juicio desfavorable sobre la validez de las Ordenes anglicanas. La cuestión de la validez de las Ordenes anglicanas ha sido discutida desde el tiempo de Newman, particularmente a la luz de la Bula Papal "Apostolicae Curae" (13-9-1896) del Papa León XIII. Existe una concisa defensa del punto de vista anglicano en "The Oxford Dictionary of the Christian Church" (1958). Hay un exhaustivo tratamiento de la invalidez partiendo del defecto de intención en "Anglican orders and Defect of Intention" (1956) de F. Clark, S.J. Uno de los hombres del lado católico al tiempo de la Bula Papal fue Edmund Bishop, que toma la línea de Newman en apelar al "argumento de hechos visibles". Ver además, "Recent studies of the validity of anglican orders", Concilium, Vol. I, N° 4, enero de 1968.

*Parochial and Plain Sermons (Vol I, 5),
predicado el 22 de diciembre de 1833 en St. Mary, Oxford*

La abnegación, criterio de la seriedad religiosa

“Ya es hora de despertar del sueño” (Rom 13, 11).

Según San Pablo, en este pasaje “sueño” significa un estado de insensibilidad a las cosas como realmente son a los ojos de Dios. Cuando estamos dormidos, estamos ausentes de la actividad de este mundo, como si ya no tuviéramos relación con él. El mundo continúa sin nosotros, o si nuestro descanso es interrumpido, y tenemos una noción ligera de la gente y de los sucesos a nuestro alrededor, si oímos una frase, y vemos un rostro, no obstante somos incapaces de reconocer estos objetos externos con exactitud y en verdad; los hacemos parte de nuestros sueños y los deformamos hasta que casi no tienen semejanza con lo que realmente son. Y tal es el estado de los hombres en lo que respecta a la verdad religiosa.

Dios es siempre Todopoderoso y Omnisapiente. Está en Su trono en el cielo, escudriñando las entrañas y los corazones; Jesucristo, Nuestro Señor y Salvador, está a Su derecha; y diez mil ángeles y santos le sirven, absortos en su contemplación, o dedicados a sus mensajes de misericordia que unen este mundo con las cortes celestiales, van de acá para allá, como por la escala de Jacob. Y la revelación de ese glorioso mundo invisible la hace para nosotros principalmente la Biblia, en parte el curso de la naturaleza, en parte las opiniones fluc-

tuantes de la humanidad, en parte las sugerencias del corazón y de la conciencia: y todos estos medios de información acerca del mismo los reúne y combina la Santa Iglesia, que anuncia la noticia a toda la tierra, y la aplica con autoridad a los individuos, en parte por la enseñanza directa, en parte por su misma forma y modalidad, que da testimonio acerca de ellos, a fin de que las verdades de la religión circulen por el mundo casi como la luz del día, e irradie sus rayos bondadosos a todos los rincones y lugares recónditos de la tierra.

Tal es el estado de un país cristiano. Mientras tanto, ¿cómo es el estado de aquéllos que lo habitan? Las palabras del texto bíblico inicial nos recuerdan su condición: están *dormidos*. Mientras los Ministros de Cristo usan la armadura de la luz y todo habla de Cristo, ellos no caminan “como conviene a los hijos de la luz”. Muchos viven totalmente como si el día no brillara para ellos, sino como si aún vivieran en las tinieblas; y la mayor parte de ellos es solo muy poco sensible a las grandes verdades predicadas a su alrededor. Ven y oyen como las personas en un sueño; mezclan la Palabra Santa de Dios con sus propias imaginaciones inútiles; si se despiertan por un momento, sin embargo pronto reinciden en el dormir; se nie-

gan a estar despiertos y piensan que su felicidad es continuar como están.

Ahora, hermanos míos, no sospecho ni por un instante que vosotros estáis en el profundo dormir del pecado. Este es un estado muy lastimoso, que espero sea el de muy pocos, al menos en un lugar como éste. Pero, admitiendo esto, sin embargo hay un gran motivo para temer que muchos de vosotros no estáis completamente despiertos; que aun-

que vuestros sueños sean perturbados, siguen siendo sueños; y que ese aspecto de la religión que pensáis es el verdadero, no es ese aspecto de la Verdad que veríais si tuvieras los ojos abiertos, sino una imagen vaga, defectuosa y extravagante de la religión como la ve el hombre cuando está dormido. En todo caso, como quiera que sea, será útil (quiera Dios) si os hacéis, uno por uno, la pregunta, "¿Cómo sé que estoy en el camino bueno? ¿Cómo sé que tengo fe auténtica y que no estoy en un sueño?".

Las circunstancias de estos tiempos hacen muy difícil responder esta pregunta. Cuando el mundo estaba en contra del Cristianismo era relativamente fácil. Pero (en cierto sentido) el mundo está ahora a su favor. No quiero decir que no haya hombres licenciosos turbulentos, quienes pondrían todo en confusión, si pudieran; quienes odian la religión, y trastornarían toda institución establecida que proceda de ella, o esté conectada con ella. Sin duda hay muchos de ellos, pero de tales hombres la religión no tiene nada que temer. La verdad siempre ha florecido y se ha fortalecido en la persecución. Pero lo que hemos de temer es la realidad opuesta, que todas las jerarquías, las posiciones sociales, la inteligencia, y la opulencia del país estén ostensiblemente con la religión. Tenemos causa para temer por la circuns-

tancia misma de que las instituciones del país estén fundamentadas en el conocimiento de la religión como verdadera. ¡Dignos de todo honor son aquéllos que así las fundamentaron! ¡Triste es la culpa de los que han intentado y en parte han conseguido, sacudir estos fundamentos sagrados! Pero a menudo sucede que nuestros más encarnizados enemigos no son los más peligrosos; por otro lado, los favores más grandes son las tentaciones más serias para los incautos.

Y nuestro peligro, en el presente, es éste, que el hombre tenga, en general, una disposición para la religión, que reverencia el Evangelio y lo profese, y hasta cierto punto lo obedezca, con lo cual promueve tan totalmente sus intereses temporales, que es difícil que pueda comprender por sí mismo si realmente actúa por fe, o por un deseo de las ventajas del mundo. Es difícil hallar *críterios* que puedan aclarar la verdad en su mente, y examinar su corazón según la manera de Aquél que desde Su trono en lo alto lo escudriña con Sabiduría Omnipotente. Casi no se puede negar que la atención a las obligaciones religiosas se está volviendo una moda entre grandes sectores de la comunidad, tan grandes, que, para muchos individuos, esos sectores en realidad son el mundo. De cuando en cuando, nos sorprendemos al hallar personas que practican la oración en familia, la lectura de la Escritura, o participan de la Sagrada Comunión, de quienes no hubiéramos esperado de antemano esa profesión de fe; o los oímos aceptar las serias verdades evangélicas del Nuevo Testamento, y aprobar a

quienes las sostienen. Todo esto da lugar a que nuestro interés en este mundo sea profesar que somos discípulos de Cristo.

Y además de esto, es necesario advertir que en el presente, a pesar de la profesión general del celo

Ahora, hermanos míos, no sospecho ni por un instante que vosotros estáis en el profundo dormir del pecado. Este es un estado muy lastimoso, que espero sea el de muy pocos, al menos en un lugar como éste. Pero, admitiendo esto, sin embargo hay un gran motivo para temer que muchos de vosotros no estáis completamente despiertos; que aunque vuestros sueños sean perturbados, siguen siendo sueños; y que ese aspecto de la religión que pensáis es el verdadero, no es ese aspecto de la Verdad que veríais si tuvieras los ojos abiertos, sino una imagen vaga, defectuosa y extravagante de la religión como la ve el hombre cuando está dormido. En todo caso, como quiera que sea, será útil (quiera Dios) si os hacéis, uno por uno, la pregunta, "¿Cómo sé que estoy en el camino bueno? ¿Cómo sé que tengo fe auténtica y que no estoy en un sueño?".

por el Evangelio entre las personas respetables, sin embargo hay motivo para temer, que no es enteramente del verdadero Evangelio de lo que ellas están celosas. Sin duda tenemos causa para estar agradecidos siempre que veamos personas religiosas de los varios modos que he mencionado. Pero, de alguna manera, después de todo, hay motivo para estar insatisfechos con el carácter de la religión de hoy; insatisfechos, primero, porque con frecuencia estas mismas personas son muy incoherentes: con frecuencia, por ejemplo, hablan irreverente y profanamente, ridiculizan o menosprecian las cosas sagradas, hablan contra la Santa Iglesia, o contra los bienaventurados Santos de los primeros tiempos, o aún contra los siervos favorecidos de Dios, que la Escritura pone ante nosotros; o actúan con el mundo y la peor clase de hombres, aun cuando no hablan como ellos; los siguen más que a los Ministros de Dios, o son muy tibios, flojos e inescrupulosos en cuestiones de conducta, tanto es así, que casi no parece vivir por principio, sino por lo que es meramente prudente y conveniente.

Y luego también, dejando de lado nuestro juicio de estos hombres como individuos, y pensando en ellos tan bien como podamos (lo cual es nuestra obligación hacer), pero, después de todo, considerando a la mayoría de ellos solamente como un síntoma de un estado de cosas, admito que sospecho de cualquier religión que sea la religión de un pueblo, la religión de una época. Nuestro Salvador dice, "angosto es el camino". Por supuesto esto no debe interpretarse sin gran cautela; pero seguramente el tenor entero del Libro Inspirado nos lleva a creer que la mayoría no recibirá Su Verdad con vigoroso entusiasmo, porque es contraria a la corriente del sentimiento y el curso del mundo, y en tanto es

el hombre quien la recibe, será él mismo quien se le oponga, es decir, su vieja naturaleza que permanece en él, seguido por todos los otros, en tanto no hayan recibido aquella Verdad. "La luz que brilla en las tinieblas" es la señal de la religión verdadera; y, aunque sin duda hay temporadas en que surge un entusiasmo repentino a favor de la Verdad (como en la historia de San Juan el Bautista, en cuya luz los judíos "quisieron regocijarse un momento", Jn 5, 35) y aun "hacerse bautizar por él, confesando sus pecados", (Mt 3, 6), sin embargo, esa popularidad de la Verdad no es sino repentina, viene de inmediato y se va de inmediato, no tiene un crecimiento regular, ni morada permanente. Es tan solo el error que crece y se lo recibe con entusiasmo en grande escala.

San Pablo ha dado su advertencia para que no supongamos que aceptaremos la Verdad siempre con entusiasmo, cualquiera sea la manifestación de su profesión general, en su última Epístola a Timoteo, a quien le dice, entre otras profecías tristes, que "los hombres malos y embaucadores irán de mal en peor". (II Tim 3, 13). Por cierto, la Verdad tiene ese poder, que obliga a los hombres a profesarla con las obras; pero cuando tienen que obrar, en lugar de obedecer la Verdad, la sustituyen por algún ídolo. Por estos motivos, cuando se habla mucho de religión en un país y se le felicita mucho por el interés general que hay por ella, un espíritu cauteloso se sentirá preocupado por temor a que se honre, en realidad, una impostura en lugar de la Verdad, por temor a que sea el sueño del hombre y no de las verdades de la Palabra de Dios, lo que se ha vuelto popular, y por temor a que la forma que reciben no tenga más verdad que la necesaria para recomendarla a la razón y la conciencia: en resumen, por temor a



que Satanás transformado en ángel de luz, y no la Luz misma, sea lo que esté atrayendo seguidores.

Si, luego, este es un tiempo (que supongo que lo es) en que la profesión general de la religión se considera respetable y correcta dentro de las clases virtuosas y metódicas de la comunidad, esta circunstancia no debería disminuir vuestra preocupación acerca de vuestro estado propio delante de Dios, sino que mejor debería aumentarla, me es lícito decir por dos razones: primera, porque estáis en peligro de hacer el bien por motivos de este mundo; segunda, porque, por ventura, podéis ser engañados sobre la Verdad, por alguna ingenuidad que el mundo pone como moderna y falsa, en lugar de la Verdad.

Algunos, por cierto, de aquéllos que ahora me oyen, se hallan en situaciones en que están casi protegidos del influjo del mundo, cualquiera sea. Hay personas tan felizmente ubicadas que tienen superiores religiosos que las dirigen solamente a lo que es bueno, y que son bondadosos con ellas, como también piadosos para con Dios. Esta es su felicidad, y deben dar gracias a Dios por el don; pero también es su tentación. Al menos están bajo una de las tentaciones mencionadas; en su caso, el buen comportamiento no es solo una cuestión de obligación, sino de interés. Si obedecen a Dios, obtienen la alabanza de los hombres como también la de Él, de manera que es muy difícil para ellas saber si obran bien por la conciencia, o por el mundo mismo. Así, ya sea en privado dentro de la familia, o en el mundo, en todos los rangos de la vida normal, los hombres hoy están en un peligro considerable, un peligro más que ordinario, de auto-engañó, de estar dormidos mientras se creen despiertos.

¿Cómo nos examinaremos? ¿Se pueden mencionar algunos exámenes que den certeza a nuestros pensamientos sobre el tema? No se puede dar ningún criterio indiscutible. No podemos saber con certeza. Debemos estar alertas contra la impaciencia por conocer nuestro estado real. El mismo San Pablo no supo, hasta los últimos días de su vida (por lo que sabemos), que sería uno de los elegidos de Dios que nunca mueren. San Pablo dice: "De nada me acusa la conciencia, no por eso estoy justificado" (I Cor 4, 4), aunque sé que no soy consciente de mi descuido de la obligación, sin embargo, ¿no estoy seguro de mi admisión? No juzguéis nada antes de tiempo. En efecto dice en otro lugar: "Golpeo mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que, habiendo predicado a los demás, resulte yo

mismo descalificado" (I Cor 9, 27). Y aún si esta seguridad absoluta de nuestra elección para la gloria sea inalcanzable, y el deseo de obtenerla sea una impaciencia impropia de los pecadores, sin embargo se puede alcanzar una esperanza consoladora de que Dios nos ha perdonado y justiciado por el amor de Cristo —¡bendito sea Su Nombre!— según las palabras de San Juan: "Si la conciencia no nos condena, tenemos plena confianza ante Dios" (I Jn 3, 21). Y la pregunta es: ¿cómo vamos a obtener esto? ¿En qué consiste?

Si estuviéramos en un país pagano (como recién dije) sería fácil contestar. La proclamación misma del Evangelio casi traería evidencia de la fe verdadera, pues esa proclamación entre los paganos es casi seguro que supone persecución. De aquí que las Epístolas abundan en expresiones de gozo en el Señor Jesús, y en la esperanza gozosa de salvación. Bien pudieron tener confianza quienes habían sufrido por Cristo. "La tribulación obra la paciencia, la paciencia, virtud probada, y la virtud probada la esperanza". (Rom 5, 3-4). "En adelante nadie me moleste, pues llevo sobre mi cuerpo las señales del Señor Jesús". (Gal 6, 17). "Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir del Señor Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo" (II Co 4, 10). "Es firme nuestra esperanza con respecto de vosotros; pues sabemos que, como sois solidarios con nosotros en los sufrimientos, así lo seréis también en la consolación" (II Cor 1, 7). Estos textos bíblicos y otros similares, pertenecen solo a aquellos que han dado testimonio de la verdad como los primeros Cristianos. Ellos están muy por encima de nosotros.

Esto es cierto: pero como la naturaleza de la obediencia cristiana es la misma en todas las épocas, aun trae con ella, como lo hizo entonces, una señal del favor de Dios. Por cierto, no podemos considerarnos seguros de estar dentro de los verdaderos siervos de Dios, como estaban los primeros cristianos, pero podemos tener nuestra medida de seguridad, y por la misma clase de comprobación, el criterio de la *renuncia a sí mismo*. Esta fue la gran prueba que dieron los primeros discípulos, y que nosotros aún podemos dar. "Si alguno viene en pos de Mí, renúnciese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mc 8, 34). "Si alguno viene a Mí y no odia a su padre y a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, y a sus hermanas y aun también a su propia vida, no puede ser Mi discípulo" (Luc 14, 26-27). "Si tu mano te es ocasión de pe-

cado, córtatela... si tu pie te escandaliza, córtatelo... y si tu ojo te escandaliza, arráncatelo... Más te vale entrar en la vida manco,... cojo..., con un solo ojo, que ser arrojado al infierno" (Mc 9, 43-47).

Ahora, sin intentar explicar perfectamente pasajes bíblicos como estos, que sin duda no podemos comprenderlos sin plenitud de gracia que muy pocos poseen, al menos aprendemos mucho de ellos: que una renuncia a sí mismo rigurosa es una obligación importante, y, que podemos considerarla el criterio de si somos discípulos de Cristo, si vivimos en un simple sueño, el cual confundido por la fe y la obediencia cristianas, o estamos real y verdaderamente despiertos, vivos, viviendo en la luz del día, en nuestro camino al cielo. Los primeros cristianos pasaron por renunciaciones en su proclamación misma del Evangelio: ¿cuáles son nuestras renunciaciones, ahora que la profesión del Evangelio no es abnegación? ¿En qué sentido cumplimos nosotros las palabras de Cristo? ¿Podemos tener una idea diferente de lo que significan las palabras "tomar nuestra cruz"? ¿De qué modo actuamos, en el que no actuaríamos, suponiendo que la Biblia y la Iglesia fueran desconocidas para este país, y la religión como existe entre nosotros, fuera meramente una moda de este mundo?

Sabéis suficientemente bien que las obras son los frutos y la comprobación de la fe. Que la fe está muerta si no tiene obras. Ahora ¿qué obras de esa clase tenemos que nos den "confianza", para que "no quedemos avergonzados delante de Él en Su Venida" (I Jn 2, 28).

Al responder esta pregunta, noto, ante todo, que conforme a la Escritura, la abnegación que comprueba nuestra fe debe ser de cada día. "Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz *cada día* y sígame" (Lc 9, 23). Así es como San Lucas escribe las palabras de nuestro Salvador. En efecto, parece que la obediencia cristiana no consiste meramente en pocos esfuerzos ocasionales, en pocos buenos actos accidentales, o ciertos tiempos de arrepentimiento, de oración, y de actividad, un error en el que son propensos a caer ciertos corazones. Esta es la clase de obediencia que constituye lo que el mundo llama un hombre importante, es decir, un hombre que tiene características nobles, que de vez en cuando obra heroicamente, como para pasmar y avasallar la mente de los defensores, pero que en la vida privada no tiene ninguna religión perma-

nente, que no regula sus pensamientos, palabras y obras, conforme a la ley de Dios. También las palabras *cada día* denotan que la abnegación que agrada a Cristo consiste en pequeñas cosas. Esto es sencillo, pues la oportunidad para las grandes renunciaciones no llega todos los días. Así tomar la cruz de Cristo no es hacer un gran acto de renuncia una vez por todas, sino que consiste en la práctica continua de obligaciones pequeñas que nos sean desagradables.

Si, luego, una persona pregunta cómo ha de saber si está soñando en el dormir del mundo, o si está realmente despierta y viva para Dios, que primero fije su mente en una u otra de sus debilidades habituales. Todo aquel que tiene el hábito del examen de conciencia, debe ser consciente de esas debilidades dentro de él. Muchos tienen más de una, todos tenemos una u otra; y al resistirlas y vencerlas, la abnegación tiene su primer aplicación. Hay quien es indolente y afecto a la diversión, otro es apasionado o de mal genio, otro es vanidoso, otro tiene poco control de la lengua; otros son débiles, y no pueden resistir al ridículo de compañeros inconsiderados; otros están atormentados por las malas pasiones, de las que se sienten avergonzados, pero están vencidos. Ahora bien, que cada uno considere cuál es su punto débil; en eso está su prueba. Su prueba no está en aquellas cosas que son fáciles para él, sino en esa sola cosa, o en esas varias cosas, cualesquiera sean, en las cuales cumplir su obligación es contrario a su naturaleza.

No pienses que estás a salvo porque cumples tu obligación en un noventa y nueve por ciento; es en el ciento por ciento que tiene que estar el fundamento de tu abnegación, el que tiene que evidenciar, o mejor ejemplificar y verificar tu fe. Respecto de esto es que debes vigilar y orar; ora constantemente para que la gracia de Dios te ayude, y vigila con temor y temblor para no caer. Otros pueden no conocer cuáles son estos puntos débiles de tu carácter, pueden confundirlos. Pero tú puedes conocerlos por sus suposiciones e insinuaciones, por vuestra propia observación, y por la luz del Espíritu de Dios. Y ¡ojalá puedas tener la fortaleza para luchar con ellas y vencerlos! ¡Ojalá tengas la sabiduría para preocuparte poco por la religión del mundo, o por la alabanza que obtenéis del mundo, y por tu conformidad con lo que los hombres hábiles, o los poderosos, o la mayoría constituyen como el nivel de la religión,

comparada con el conocimiento secreto de que tú estás obedeciendo a Dios en las pequeñas como también en las grandes cosas, en la centésima obligación lo mismo que en las noventa y nueve! ¡Ojalá puedas barrer la casa (por así decir) diligentemente para descubrir lo que te falta de la medida plena de obediencia! Pues puedes estar muy seguro que este defecto aparentemente pequeño influenciará todo tu espíritu y juicio en todas las cosas. Puedes estar muy seguro de que tu juicio de las personas, y de los hechos y de las acciones, y de las doctrinas, y de tu espíritu hacia Dios y el hombre, y de tu fe en las verdades nobles del Evangelio, y de tu conocimiento de tu obligación, todo depende de un modo extraño de este esfuerzo estricto para observar toda la ley, de esta abnegación en las cosas pequeñas en las que la obediencia es abnegación. No te contentes con el fervor de la fe que te lleva a superar muchos obstáculos aun en tu obediencia, obligándote a olvidar el temor a los hombres, y los tratos de la sociedad, y las persuasiones del interés; no te alegres por tu experiencia de los favores pasados de Dios, y de tu seguridad de lo que Él ya ha hecho por tu alma, si eres consciente de haber descuidado lo único necesario, "lo único" de que "careces": la abnegación de cada día.

Pero, además de esto, hay otros modos de renuncia para probar vuestra fe y sinceridad, que tal vez sea correcto solo mencionar. Puede suceder que el pecado al que estás más expuesto, no se pone de manifiesto todos los días. Por ejemplo, la cólera y la pasión son irresistibles cuando llegan, pero es solo a veces que te provocan, y entonces no estás en guardia; de modo que la ocasión termina, y habéis fracasado antes de ser consciente de su llegada. Es correcto entonces que busques tus renunciaciones de cada día; porque nuestro Señor os pide que toméis vuestra cruz cada día, y porque prueba vuestra madurez, y porque haciéndolo fortalecéis vuestra capacidad general de auto-dominio y llegaréis a tener tal gobierno de vosotros, que será una defensa preparada cuando llegue el tiempo de la tentación. Levantáos en la mañana con el propósito (quiera Dios) de que el día no pasará sin su abnegación, con una abnegación en los placeres y gustos inocentes, si no se presenta ninguna para mortificar el pecado. Que vuestro mismo levantar de la cama sea una renuncia; que vuestras comidas sean renunciaciones. Determinados a ceder a otros en las cosas indiferentes, a salir de vuestro camino rutinario en los asuntos pequeños, para incomodaros

(sin que ninguna obligación directa sufra por ello), mejor que no cumplir debidamente vuestra disciplina de cada día. Este fue el método del Salmista que "era castigado todo el día, y purificado cada mañana" (Sal 73, 14). Fue el método de San Pablo, que "golpeaba" o magullaba "su cuerpo y lo esclavizaba" (I Cor 9, 27). Este es el fin importante del ayuno. Al hombre que se pregunta, "¿Cómo voy a saber que mi vida religiosa es seria?" yo le sugeriría: haced un sacrificio, haced algo desagradable, algo que en realidad no estáis obligados a hacer (siempre que sea lícito), para que demuestres claramente en tu corazón que en realidad amas a tu Salvador, que odias el pecado, que odias tu naturaleza pecadora, y que has dejado de lado el mundo presente. Así tendrás una señal (hasta cierto punto) de que no estáis usando meras palabras. Es fácil hacer profesiones, fácil decir cosas agradables al hablar o al escribir, fácil asombrar a los hombres con verdades que no conocen, y con sentimientos que están por encima de la naturaleza humana. "Pero tú, oh siervo de Dios, huye de estas cosas, y persigue la justicia, la santidad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre". No permitas que tus palabras, fluyan, obligate a poner cada una de tus palabras en obra a medida que las digas, y así purificándote de toda contaminación de la carne y del espíritu, y perfeccionando la santidad en el temor de Dios. En los sueños a veces movemos nuestros brazos para ver si estamos despiertos o no, y así nos despertamos. Este también es el modo para mantener tu corazón despierto. Pruébate cada día en pequeños actos, para demostrar que tu fe no es un engaño.

Soy consciente de que todo esto es una doctrina difícil; difícil aún para aquéllos que la aceptan, y pueden describirla con la mayor exactitud. Hay tales imperfecciones, tales incoherencias en el corazón y en la vida, aun de los mejores hombres, que el arrepentimiento continuo siempre debe ir de la mano de vuestros esfuerzos. ¡Necesitamos mucho de la gracia de la sangre de Cristo para borrar la culpa en que incurrimos cada día; necesitamos mucho la ayuda de Su Espíritu prometido! Y seguramente El concederá todos los bienes de Su misericordia a Sus siervos verdaderos; pero seguramente no nos otorgará que podamos creer en Él, y la bendición de ser uno con Él si no nos tomamos en serio el obedecerle como si la salvación dependiera de nosotros mismos.✠

Traducción Marta Chemes

La Iglesia de los Padres
 Historical Sketches, vol. II, 1ª parte, pp.1-27

San Basilio

Introducción

Este mundo es un mundo de conflicto, de vicisitudes entre el conflicto. La Iglesia es siempre militante; a veces gana, a veces pierde; y lo más frecuente es que a la vez gane y pierda en diferentes partes de su territorio. ¿Qué es la Historia de la Iglesia sino un memorial de esta batalla cuya suerte es siempre dudosa, aunque no lo sea su desenlace? Ni bien cantamos el *Te Deum*, debemos volver al *Miserere*. Ni bien nos hallamos en paz, cuando nos acaece la persecución: ni bien obtenemos un triunfo, cuando nos visita un escándalo. Más aún: progresamos por medio de los reveses; nuestras penas son nuestros consuelos; lo perdemos a Esteban para ganarlo a Pablo, y Matías reemplaza al traidor Judas.

Así es en todas las épocas, así es en nuestro siglo, fue así en el siglo IV sobre el cual me propongo escribir. Un siglo lleno de acontecimientos, un drama en tres actos, diferentes entre sí.

El primer acto es la historia del Imperio Romano convirtiéndose al cristianismo: el segundo, la historia de la indefectible Iglesia de Dios pareciendo sucumbir al arrianismo; el tercero, la historia de las masas de bárbaros avalanzándose sobre el Imperio y la Cristiandad a la vez. Y, así como las grandes convulsiones de la tierra involucran innumerables conmociones parciales y revoluciones locales, y cada distrito o localidad tiene su propia cuota de aflicciones y confusión; así también, en los hechos del mundo social, lo que sucede en un campo o sínodo

vibra en cada ciudad y cada obispado. De un extremo al otro de aquel siglo acontecieron los más asombrosos cambios y los más sorprendentes vicisitudes; y el umbral de los Apóstoles se ensombreció con los mensajes de desgracia, aunque de vez en cuando se iluminó con esperanza y acción de gracias.

Así fue en el siglo IV, y así será hasta el final:

"Así el bien y el mal nos dan múltiples advertencias.

De la proximidad de Aquel a quien no puede verse y seguir viviendo.

El oído de la fe, con calmo temor reverencial se deleita,

anotándolos como tenues campanadas en la noche,

y manteniendo el corazón despierto hasta el alba,

*en tanto este viejo mundo se encamina a su fúnebre hoguera."*¹

En todo caso, mi propósito aquí no es dar las grandes líneas ni los rasgos característicos del siglo, sino algunas escenas o pasajes que, cronológica y moralmente, lo ilustran. Los he prologado con esta alusión al siglo en sí para situarlos con exactitud y para que de él reciban su propio colorido. Ahora, sin más preámbulo, comenzaré mi ruta siguiendo la del sol: de este a oeste;² partiendo de Grecia y Asia Menor, luego visitando sucesivamente Egipto, África, España, y Galia será el término de mi excursión.

Capítulo I

PRUEBAS DE BASILIO

“Como el servidor suspira por la sombra, como el mercenario anhela el fin de su trabajo, así yo he sufrido meses vacíos y he contado noches inacabables.”

(Job 7, 2-3)

1

Campeón y confesor de la fe

Así como Atanasio fue el gran campeón de la Fe Católica cuando los arrianos estaban en ascenso, así también, una vez que se hubo disipado el furor de esos asaltos, los principales instrumentos de la Providencia para reparar y consolidar sus murallas, por medio de la palabra, los escritos y los actos, fueron Basilio y Gregorio en Oriente, y Ambrosio en Occidente. No me ocupo por ahora de aquella gran lumbrera de Occidente que fue Ambrosio, sino de los santos Basilio y Gregorio.¹

Uno tuvo que enfrentar a un soberano arriano; el otro, a la población arriana; y los dos triunfaron, uno en su propio campo de batalla, el otro con el sacrificio de su vida. Contrarios destinos los de estos dos santos y queridos amigos: muerte prematura uno, edad avanzada y solitaria el otro; los trabajos de Basilio fueron interrumpidos abruptamente, y las penas de Gregorio se prolongaron. El escenario donde se desarrolló la lucha de Gregorio fue la imperial ciudad de Constantinopla;² el de Basilio fue el Asia Menor entera y sus provincias anexas. Dichos territorios habían sido ganados por la herejía desde el principio, y a mediados de siglo se hallaban en un deplorable estado de confusión en lo referente a religión. En esos tiempos turbados, el celo de Basilio por las iglesias, como misionero y predicador, se extendía más allá de los límites de su propia jurisdicción, pues primero fue sacerdote y luego obispo de Cesárea, y recién desde 358 hasta 379 fue exarca de la remota y bárbara Capadocia.

En 358 ocupaba la sede Dianius, quien al parecer había bautizado a Basilio. Éste habla cálidamente en su favor: expresa que le merecía afecto y respeto, y que se complacía en su compañía; y lo describe como hombre notable por su virtud, franco, generoso y venerable, y a la vez de carácter amistoso y agradable. Sin embargo, cediendo a la moda de la época, Dianius se había plegado durante veinte años a la facción de la Corte, contra Atanasio y su santa causa. Por lo cual firmó inescrupulosamente, en 360, la fórmula herética del concilio de

Ariminum³ que le fuera presentada, en la cual se abandonaba el principio del “consustancial” (*homoousios*),⁴ establecido en el Credo de Nicea, y se evadía esta doctrina católica so pretexto de expresarla sólo en términos de la Escritura. Basilio sufrió amargamente tal flaqueza (por decirlo de la manera más suave) por parte del que amaba tanto; y si bien no consideró necesario hacer una protesta pública, cortó relaciones con él y no volvió a verlo hasta que, dos años después, Dianius lo reclamó junto a su lecho de muerte e hizo profesión solemne de su adhesión a la fe de la Iglesia.

Eusebio, el sucesor de Dianius, era un obispo que profesaba la ortodoxia, pero su saber teológico y su fuerza de carácter eran escasos para enfrentar la formidable herejía que asediaba a la Iglesia. Por una u otra razón, quizás por celos, demostró frialdad hacia el teólogo que surgía por entonces, el sacerdote Basilio, por lo cual éste, no queriendo excitar al pueblo ni crear facciones en la Iglesia, se retiró de la ciudad metropolitana.

2

Su retiro, esta vez como cuando vivía Dianius, fue en la salvaje región del Ponto, donde había fundado numerosos monasterios y presidía uno de ellos. En 355 (el año que murió San Antonio, el egipcio, primero entre los solitarios)⁵ Basilio se había retirado allí por primera vez con el fin de estudiar y mortificarse. Para un espíritu ardiente y sensible como el suyo, nada podía resultar mejor que un alejamiento temporario de la turbulencia de la política eclesiástica. Pero su vida, entonces, no había sido inactiva ni solitaria. Con motivo de una hambruna en la ciudad y territorios vecinos, convirtió sus tierras en dinero para proveer a las necesidades de la población; y especialmente tomó a su cargo a los niños, además de reconfortar a todos cuantos acudían a él, entre ellos judíos, mencionados por haber participado de sus liberalidades. En poco tiempo sus monasterios se convirtieron en escuelas de aquella santa enseñanza que había sido casi destruida en las sedes de Asia; y aún se cuenta que so-



Basilio el Grande,
monasterio de
San Moisés el
etíope, Nabak,
Siria.

lía recorrer todas las ciudades circunvecinas, de tanto en tanto, para predicarles la doctrina de Nicea. En verdad, éste era un servicio que frecuentemente, en aquellos tiempos de apostasía, prestaron a la Iglesia los ascetas, de acuerdo con la promesa "los que tienen el corazón puro verán a Dios". Dice al respecto Sozómeno:

"La razón por la cual las doctrinas heréticas de Eunomio⁸ y Apolinar⁹ no lograron extenderse fue (además de las causas antes mencionadas) que los monjes de la primera época se les opusieron. Pues los de Siria y Capadocia, y los distritos vecinos, adhirieron con firmeza al Credo de Nicea. En un momento dado, las provincias orientales, desde Cilicia hasta Fenicia, estuvieron cerca de volverse apolinaristas, en tanto que las provincias desde Cilicia y el Tauro hasta el Helesponto y Constantinopla estuvieron expuestas a la herejía de Eunomio, pues cada heresiarca contagiaba a su entorno. Entonces volvió a repetirse la historia del arrianismo, porque las poblaciones de esos lugares reverenciaban tanto la profesión y las obras de los solitarios, que confiaban también que su doctrina era la ortodoxa; y se apartaban de quienes pensaban distinto, considerándolos impuros a causa de sus deformaciones doctrinales. Igualmente, los egipcios habían seguido a los monjes de Egipto oponiéndose a los arrianos" (Hist.VI, 27).

En cuanto al segundo retiro de Basilio, no pasaron tres años cuando el ataque de los arrianos contra la iglesia de Cesarea, bajo el emperador Valente, hizo necesaria su presencia, y su amigo Gregorio de Nacianzo tuvo éxito al hacer de mediador entre él y Eusebio. Las cartas de Gregorio existen, y aquí las presento al lector:

Gregorio a Basilio:

"Ha llegado la hora del buen consejo y la fortaleza. Debemos sobrepasar a los otros en valentía y no permitir que destruyan en un instante nuestros anteriores trabajos y fatigas. ¿Por qué te escribo esto? Porque nuestro muy amable obispo (que así es como debemos considerar y llamar a Eusebio desde ahora) se nos muestra muy benevolente y amistoso y, como el acero en el fuego, se ha suavizado con el tiempo. Incluso espero que recibirás una carta suya en términos agradables y convocándote, según me ha insinuado y varios confidentes suyos me aseguran. Anticipémonos pues a su iniciativa, personalmente o por escrito, o, mejor, primero por escrito y luego personalmente, no sea que le caigamos mal, cuando debiéramos haberlo conquistado poniendo sólo en juego lo que es honorable y digno, como muchos lo esperan de nosotros. Ven, entonces, te lo ruego, por ese motivo y porque la hora lo exige. En verdad, la facción herética está tratando de pisotear a la Iglesia. Algunos de ellos se mueven y trabajan entre nosotros; y se dice que otros los seguirán. Seguramente, el peligro es que barran la palabra de la verdad, si no se despierta rápido el espíritu de nuestro Bezaleel, ese astuto maestro de obra de argumento y de doctrina.¹⁰ Si deseas que yo esté presente y te asista en este asunto, o que te acompañe en el camino, estoy a tu servicio" (Ep. 19).

Imposible no conmoverse por la delicadeza de Gregorio en esta carta en la que habla de sí mismo como si, al igual que Basilio, estuviese alejado de Eusebio, cuando en realidad gozaba de su mayor estima. Su carta siguiente es para el propio obispo, y anticipándose con la misma delicadeza a sus intenciones.

Gregorio a Eusebio, obispo de Cesarea

“Sé que me estoy dirigiendo a alguien que personalmente odia la insinceridad, y especialmente hábil para detectarla en otros, por más sutil o artidamente disfrazada que aparezca; y en verdad, perdonando la impertinencia, puedo decir que yo también la detesto por naturaleza así como por cristiana educación. Así, os comunico mi gran preocupación, y os ruego excusar esta libertad. Me injuriaría a mí mismo, en verdad, si reprimiéndome me condenase a guardarme mi dolor, como una llaga que supura en mi corazón. Sintiéndome orgulloso de vuestra atención (pues hombre soy, como alguien lo dijo en mi presencia) y de vuestras invitaciones a consultas y encuentros religiosos, me cuesta soportar que Vuestra Santidad haya tenido y tenga tan poco en cuenta a mi muy honorable hermano Basilio, a quien elegí desde el principio y aún conservo como amigo, para vivir y estudiar conmigo, e indagar conmigo las profundidades de la sabiduría. No tengo por qué cambiar de opinión a su respecto, y si no me extendo más en su alabanza es por temor a que piensen que me estoy alabando a mí mismo. Y bien, el favor que me dispensáis y el descontento que le demostráis a él, es como si alguien con una mano lo golpease a uno la cabeza, y con la otra mano le acariciase la mejilla; o como quien adorna una casa con cuadros y embellece su exterior, al tiempo que está minando sus fundaciones. Si alguna cosa vais a concederme, que sea ésta, y confío que lo haréis pues es justa. Él os tratará ciertamente con deferencia, si vos le otorgáis conveniente deferencia. En lo que a mí respecta, siendo pequeño y amigo de la quietud, me pondré detrás de él como sombra que sigue al cuerpo. Pobre de nosotros en verdad si, deseosos de la sabiduría en otras materias, y de elegir la mejor parte, valorásemos poco esta gracia que constituye el fin de nuestra doctrina —la caridad— especialmente en el caso de quien es nuestro obispo, y sabiéndolo tan eminente en vida, doctrina y gobierno de su diócesis, pues la verdad ha de decirse, sean cuales sean nuestros sentimientos personales” (Ep.20).

A los grandes hombres les place ser cortejados, y a los pequeños no han de importarles los desaires. Gregorio no tuvo éxito en esta primera tentativa ante Eusebio, quien parece haberse ofendido de su

libertad; y a él le disgustó a su vez la inflexibilidad del obispo. Sin embargo, el peligro de la Iglesia era tan grande como para admitir que ambos mantuviesen dichos sentimientos, y poco tiempo después Gregorio tuvo la satisfacción de ver a Basilio en Cesarea.

3

Con sus vigorosos talentos Basilio pronto rectificó los desórdenes y discordias que habían sido el escándalo de la iglesia de Cesarea y, asistido por Gregorio, venció por completo a los partidarios de Eunomio, por cuya sutileza¹¹ sobre todo se vio turbada la paz en la Iglesia. Y, lo que tuvo mayores consecuencias para ésta y le fue más beneficioso aún, es que logró borrar todas las sospechas que el obispo le había proyectado, y a la larga obtuvo tal influjo sobre él que realmente el gobierno de la sede quedó en sus manos. Nada más deseable, ya que Eusebio no estaba formado para el oficio ministerial, sino había sido llamado de repente por la voz del pueblo, como a veces sucedía, a ocupar la cátedra episcopal. Y en 370, cuando Eusebio murió, Basilio, como era de esperar, fue elegido sin mayor oposición para ocupar su lugar, a la edad de cuarenta años. Dicha oposición fue atizada por el poder gubernamental que, naturalmente, habría de temer a un hombre con tal capacidad de mando, al que se sumaron algunos obispos del exarcado y el partido irreligioso de la ciudad.

No mucho después de ocupar su sede, Basilio se vio obligado a entrar en conflicto con el poder civil. El emperador Valente, que era arriano, incursionó hacia el oriente, desde Constantinopla hacia Antioquía, en 371-372, decidido a deponer los obispos católicos de los territorios que atravesaba, y hacia fines de 371 llegó a Cesarea. Lo precedía el prefecto del pretorio, Modestus, y a los obispos de las ciudades situadas en la ruta les iba proponiendo la alternativa: hacerse arrianos o perder sus sedes. Al llegarle a Basilio el turno de comparecer ante su presencia, el prefecto desplegó los argumentos con que ya había convencido a otros —que era una locura oponerse a las circunstancias, y perturbar la Iglesia con cuestiones de poca monta— y le prometió el favor del emperador para él y los suyos si aceptaba. Pero cuando, tras fracasar con este lenguaje suave, adoptó un tono más alto, encontró a un contendiente. Gregorio nos ha conservado el diálogo que tuvo lugar entonces:

“¿Qué significa esto, Basilio —dijo el prefecto (un arriano rabioso, que no se dignó siquiera llamarlo obispo)—, que oséis enfrentar a un príncipe tan poderoso, y oponerle vuestra voluntad allí donde otros han cedido?”

"Basilio —¿Qué queréis decir vos, y cuál es mi extravagancia? Hasta ahora no lo he oído.

"Modestus —No seguir la religión del emperador, cuando el resto de vuestro partido ha cedido y ha sido derrotado.

"Basilio —Yo tengo un Soberano cuya voluntad es distinta, y no puedo consentir adorar ninguna criatura. Yo soy una criatura de Dios, quien me manda ser como Él.

"Modestus —¿Por quién me tomáis?

"Basilio —Por alguien insignificante en tanto sea éste vuestro mandato.

"Modestus —¿Es una insignificancia, para alguien como vos, tener un rango semejante al mío y ser igual a mí?

"Basilio —Vos sois prefecto en un lugar honroso, lo concedo. Pero la majestad de Dios es superior; y es mucho para mí ser igual que vos, pues los dos somos criaturas de Dios. Pero también es gran cosa ser igual a cualquiera de mis ovejas, pues el cristianismo no consiste en la distinción de personas, sino en la fe.

"Con esto, el prefecto se encolerizó y, levantándose de su silla, inquirió abruptamente a Basilio si no temía su poder.

"Basilio —¿Temer qué consecuencias, qué sufrimientos?

"Modestus —Alguna de aquellas penas que un prefecto puede infligir.

"Basilio —Decidme cuáles.

"Modestus —Confiscación, exilio, torturas, muerte.

"Basilio —Inventad otra amenaza. Ésas no me hacen efecto. No corre riesgo de confiscación quien no tiene nada que perder, excepto estos pobres hábitos y algunos libros. Tampoco le importa el exilio a quien no se halla limitado a un lugar, a quien no se ata al lugar en que habita y se halla en casa dondequiera sea echado o, mejor dicho, en todo lugar donde habita Dios, puesto que es peregrino y vagabundo de Dios. Ni siquiera las torturas pueden hacer daño a una constitución tan débil que se quebrará al primer soplo. Podréis golpearme una vez, y la muerte me será una ganancia, pues ella no hará sino enviarme antes a Aquél por quien vivo y peno, por quien, más que vivo, estoy muerto, hacia quien he estado encaminándome desde hace mucho.

"Modestus —Nadie ha hablado nunca a Modestus con tal libertad.

"Basilio —Es que quizás Modestus nunca ha hablado con un obispo; si así fuese hubierais oído tal lenguaje. Nosotros, prefecto, somos suaves en otras cosas, y más humildes que nadie, porque es un mandato, por lo cual no debemos enojar a un 'príncipe tan poderoso', ni tampoco a alguien de menor importancia. Pero cuando se ataca el honor de

Dios, sólo pensamos en ello y sólo a Él volvemos la mirada. El fuego y la espada, las bestias de presa, los aceros que desgarran la carne, son más un favor que un terror para un cristiano. Así pues, insultad, amenazad, haced lo peor, ejerced al máximo vuestro poder. Informad al emperador de mi propósito. No me ganaréis ni me persuadiréis de adherir a un credo impío, ni siquiera con amenazas más terribles." (Greg., Orat.43)

Modestus se retiró con el respeto que inspira todo testimonio de firmeza y, allegándose al emperador, le contó el fracaso de su tentativa. Algunos suponen que una segunda conversación entre el obispo y los oficiales superiores de la corte tuvo lugar en presencia de Valente en persona, quien tuvo la suficiente generosidad como para admirar tan alto espíritu y despedirlo sin castigo. De hecho, su admiración por Basilio dio pie a otra prueba de la constancia del arzobispo, y quizás más penosa que ninguna de las pasadas. En la festividad de la Epifanía, el emperador fue con toda su corte a la iglesia en que Basilio ofrecía el Santo Sacrificio y oyó su sermón. El gesto recogido del obispo, la devoción del clero, el número y la atención de los fieles, y la potencia de sus voces, lo conmovieron al punto de casi desmayarse. Durante el Ofertorio hizo un esfuerzo para aproximarse al altar a presentar su ofrenda, pero como ninguno de los ministros se acercó a recibirla, se le aflojaron otra vez las piernas y hubiese desfalecido si no fuese que alguien lo sostuvo.

Hubiera sido una satisfacción alentar la esperanza de que los buenos sentimientos del emperador fuesen algo más que un impulso momentáneo, mas su encarnizada persecución a los católicos durante los años subsiguientes impide esta favorable suposición. No obstante, Basilio entonces le ganó. Incluso Modestus se hizo amigo del santo, y Capadocia se vio libre, en gran parte, de los sufrimientos que en otras partes les tocaron a los católicos; algunas de las mejores tierras imperiales de la vecindad fueron donadas y convertidas por Basilio en un hospital para leprosos. Parece incluso que logró introducir dicha institución en toda la provincia.

4

El "Job del siglo IV"

Por sus múltiples pruebas, Basilio podría ser llamado el Jeremías o el Job del siglo IV, por más que ocupase el honroso puesto de *leader* en la Iglesia en una época en que la violencia pagana había pasado. De constitución enfermiza, a ello se agregaba el rigor de la vida ascética. Rodeado de envidias y disensiones en su tierra, afuera era acusado de hetero-

doxia; los grandes lo insultaron y trataron mal; y él trabajaba, aparentemente sin fruto, con el propósito de restablecer la unidad de la cristiandad y la estabilidad de sus iglesias.

En lo referente a sus austeridades, algunas nos son conocidas a través de su propio cuadro de lo que debe ser un monje, y por las descripciones de Gregorio. Según una carta de éste (Ep.2), Basilio reduce el alimento de los suyos a pan, agua, hierbas, con una sola comida al día, y les permite dormir hasta medianoche, hora en que deben levantarse para la oración. Al emperador Juliano le dice:

"Entre nosotros está de más cocinar; el cuchillo no conoce la sangre, el más delicado de nuestros platos es vegetales con pan basto y vino flojo" (Ep.41).

Igualmente Gregorio, una vez que lo esperaba a Basilio, le escribía a Amphilocheus que le enviase *"algunas hierbas para hervir, como para no ver a Basilio hambriento y molesto"* (Ep.12).

Y en el panegírico que le hizo después de muerte, dice que *"no tenía más que un hábito externo y otro interno; su lecho era el suelo; poco sueño, no baño; su comida, pan y sal, y su bebida agua común"* (Orat.20).

Dormía con una camisa de arpillera u otro hábito rugoso; su fuego era el sol; y desafiaba las más crudas heladas del crudo clima de Capadocia. Aún siendo obispo, vivía de la caridad de sus amigos, y no se guardaba nada. Su constitución era débil por naturaleza, o mejor dicho, enfermiza. El siguiente pasaje de su historia deja traslucir su principal dolencia, a más de proporcionar otro ejemplo de los choques en que se vio envuelto con el poder civil. Una viuda de alto rango, importunada por un poderoso con una propuesta de matrimonio, huyó a refugiarse junto al altar. San Basilio la recibió, y esto lo puso en conflicto con el vicario del Ponto, cuya jurisdicción incluía Capadocia, el cual, extremadamente indignado, le ordenó comparecer. Al presentarse, el magistrado dio orden de que le quitaran su hábito externo. El interno apenas disimulaba su cuerpo escuálido. Cuando el brutal perseguidor lo amenazó con arrancarle el hígado, Basilio sonrió y le respondió: *"Gracias por su intención: tal como está ahora, no deja de ser una gran molestia"*.

Empero, y aunque esto no vaya al caso, el vicario salió mal parado. La ciudad —Cesarea, supongo— se rebeló; el pueblo, al decir de Gregorio, rodeó la corte como humo de abejas fuera del panal. Los fabricantes de armas (por quienes era famoso el lugar), los tejedores, y hasta las mujeres, provistos de garrotes, piedras, tizones, husos y cuanto encontraron a mano, sitiaron al vicario, quien escapó de la muerte sólo porque su prisionero Basilio se interpuso.

Pero, volviendo a sus dolencias, Basilio una vez le dio a Eusebio, obispo de Samosata, el siguiente informe:

"Imaginad cuál sería mi estado de ánimo al recibir vuestra carta. Al pensar en los sentimientos que expresa, estaba ansioso de volar a Siria; pero al pensar en mi cuerpo enfermo que me tiene encadenado, me veía incapaz, no ya de volar, sino de darme vuelta en la cama. Ya es el quinto día de esta enfermedad en que me halló al llegar nuestro amado y excelente hermano, el diácono Elpidius. Me tiene muy disminuido la fiebre, que no hallando con qué cebarse, se tarda en esta carne seca como en una mecha que expira, y así prosigue esta devastadora y tediosa enfermedad. Además se agrega mi vieja peste, el hígado, que me impide comer y dormir, y me tiene entre la vida y la muerte concediéndome apenas vida para sentir sus ataques. He debido recurrir a las aguas termales y a la ayuda médica" (Ep.138).

La fiebre a la que aquí se refiere parece haber sido causada por una epidemia, algo inusual por lo tanto; pero se captará su habitual estado de salud por esta otra carta, escrita al mismo amigo al comienzo de su enfermedad, cuando tomó aquella fiebre como un signo de mejoría:

"En qué estado me encontró el buen Isaac, él mismo podrá explicármelo, si bien su lengua no puede ser lo suficientemente trágica como para describir mis sufrimientos, tan grave era mi enfermedad. Pero hasta quien me conozca poco podrá conjeturar lo que fue. Pues, si cuando me encuentran bien yo estoy más débil que los juzgados sin remedio, podréis imaginar cómo estaba cuando me hallaba así enfermo. No obstante, puesto que la enfermedad es mi estado normal, podría pensar que, una vez pasada la broma de la fiebre, con este cambio mi salud se pondría especialmente floreciente. Pero es la vara del Señor que aumenta mis penas según me lo merezco, y así he recibido enfermedad tras enfermedad, al punto que hasta un niño puede ver que esta carcasa mía ciertamente ha de desfallecer, a menos, quizás, que la misericordia de Dios en su longanimidad me conceda tiempo para arrepentirme, y ahora, como otras veces, me libre de males que sobrepasan toda humana curación. Será como Él quiera para mi bien" (Ep.136).

Eusebio parece haber sido el confidente privilegiado de sus sufrimientos corporales. Cinco años antes le escribía una descripción similar en respuesta a un llamado de la misma especie. Decía:

"Cuando por la gracia de Dios y la ayuda de vuestras oraciones parecía recobrarme un poco de mi enfermedad y recobrar mis fuerzas, el invierno

me cayó encima reteniéndome adentro y confinándome aquí donde estoy. Era en verdad más suave que de costumbre, pero bastó para impedirme, no sólo viajar, sino incluso hasta sacar la cabeza fuera de mi habitación" (Ep.27).

Y nueve años después, tres antes de su muerte, le dice que en un momento dado *"había perdido toda esperanza de vivir."* Y agrega: *"No puedo contar las variadas dolencias que se me han venido encima, mi debilidad, la violencia de la fiebre y el mal estado de mi constitución."* (Ep.198).

Una nota especial de sus quejas era el impedimento de viajar y, puesto que continuamente requerían su presencia, vuelve sobre ello con frecuencia. A Amphilochius, obispo de Iconium, le escribe el mismo año: *"Los restos de mi enfermedad bastan a impedirme el menor movimiento. Fui en coche nada más que hasta los Mártires, y casi tuve una recaída; por lo cual me veo obligado a excusarme. Si el asunto pudiera esperar unos días, entonces, por la gracia de Dios, iré y tomaré parte en vuestras deliberaciones."* (Ep.202).

A un amigo, que en fecha anterior lo urgía a visitarlo en su retiro, le dice: *"No debéis responder como Diógenes a Alejandro: 'No hay más distancia de ti a mí, que de mí a ti'. Porque mi enfermedad me convierte casi en una planta, confinada siempre a un lugar. Por lo demás, considero que pasar la vida escondido es el primer bien."* (Ep.9).

En otro lado habla de su estado de salud como *"debilidad física, normal en él desde la infancia hasta ahora, para castigarlo según el justo juicio de Quien gobierna con toda sabiduría."* (Ep. 203). A los cuarenta y cinco años se decía un anciano, y al año siguiente no le quedaba ni un diente. Murió a los cincuenta.

Pero a pesar de sus enfermedades, no parece que se haya ahorrado la fatiga de viajar. Le escribe a Meletio, obispo de Antioquía:

"He estado viajando afuera. Atravesé toda Pisdia para arreglar, junto con los obispos de esa región, los asuntos de nuestros hermanos de Isaura. A esto siguió el viaje al Ponto, donde Eustathius había conseguido confundir bastante a Dazimon y persuadir a muchos que se separasen de mi iglesia. Llegué hasta la residencia de mi hermano Pedro, cerca de Neocesarea. A la vuelta me enfermé por las lluvias y el abatimiento, cuando me llegaron cartas de oriente...etc." (Ep.216).

5

Si en los fragmentos anteriores se ve algo de la tonalidad espiritual de San Basilio, se la apreciará más cabalmente en tres cartas de protesta a amigos, escritas en diferentes circunstancias.

La primera es una carta familiar a uno que lo había felicitado por su elevación a la sede de Cesarea y que estaba decepcionado por no haber recibido respuesta:

Basilio a Pergamio:

"Soy por naturaleza olvidadizo, y la multitud de compromisos que he tenido me ha debilitado más. Aunque no recuerdo haber recibido carta de vuestra señoría, estoy seguro de que me la habéis enviado: imposible que seáis incorrecto. Pero el que está en falta no soy yo, sino el que no me pidió una contestación. Ahora, al recibir esta explicación mía por lo pasado, reclamo vuestra respuesta. De modo que cuando me escribáis, no habréis de pensar que estáis empezando por segunda vez nuestra correspondencia, sino simplemente cumpliendo vuestra deuda por esta carta mía. Pues aunque sea una manera de reconocer lo anterior, siendo más del doble de larga, cumplirá también el otro cometido. ¿Os dais cuenta qué pinchado me vuelve la inactividad? Mi querido amigo, permitidme rogaros que no volváis a agrandar una pequeñez imputándome una bajeza. Puesto que olvidarse de los amigos y la insolencia engendrada por el poder implican el colmo de la vileza. Si dejamos de amar, como el Señor nos manda, es que hemos perdido su imagen; y si nos llenamos de vanagloria y estamos repletos de arrogancia, caemos en el juicio ineluctable del demonio. Por lo tanto, si es que deliberadamente me habéis acusado, rogad para que me libre del pecado que discernisteis en mi conducta; si, en cambio, es por un hábito que no llego a entender que vuestra lengua ha dejado caer esas palabras, me sentiré aliviado y exigiré que vuestra bondad aduzca hechos para probarlo. Si de algo podéis estar seguro, es que este fastidio ha sido un medio de humillarme. Olvidarme de vos sería tanto como olvidarme de mí mismo; así que, en adelante, no toméis mis ocupaciones como una prueba de mala disposición hacia vos." (Ep. 56)

La elección de Basilio había disgustado a ciertos obispos de su provincia quienes, dándose cuenta de que no podían oponerse a ella, rehusaron estar presentes en su consagración o mantener relaciones con él. Entre ellos se hallaba Gregorio, tío de Basilio. Ello le era tanto más penoso pues Gregorio había sido más que un simple tío para él. Estaba íntimamente vinculado al círculo familiar de Basilio, que era una especie de cantera de obispos y de santos. Su padre, también llamado Basilio, y retórico de profesión, poseía grandes propiedades en el Ponto y Capadocia y era de buena familia, al igual que su esposa Emelia, la madre de Basilio. Por los dos lados contaba entre sus ancestros a altos funciona-

rios militares y civiles. Pero no menos ilustre era su parentela en lo referente al cristianismo. Su abuelo materno fue mártir; los abuelos paternos habían tenido que deambular siete años por los bosques y montañas del Ponto durante la persecución de Diocleciano. Basilio formaba parte de una familia de diez hijos, de los cuales tres llegaron a obispos; cuatro son santos: el propio San Basilio, San Gregorio de Nyssa, San Pedro y Santa Macrina, a más de su madre, Santa Emelia. Otro hermano, Naucratus, abrazó la vida solitaria y se ahogó mientras cumplía obras de misericordia. Siendo así la casa paterna, cualquier diferendo con el tío paterno Gregorio debía resultar penoso, y más por el hecho de que a éste le había tocado asumir deberes de padre para con Basilio y sus hermanos. El padre había muerto cuando ellos eran muy jovencuelos, y Gregorio, que era uno de los obispos de Capadocia, se había ocupado de completar la educación de Basilio. En cuanto a su formación espiritual, ya habían intervenido tres mujeres: su abuela Macrina, su madre Emelia y la otra Macrina, su hermana mayor.

Basilio creyó que aquel distanciamiento del tío había pasado, pero al escribirle en este sentido, aquél le contestó con una negativa. Por lo cual le envió en seguida la carta siguiente, que felizmente produjo el efecto deseado:

Basilio a su tío Gregorio:

“He guardado silencio: ¿no habrá modo de ponerle fin? ¿Soportaré aún el esfuerzo de esta pesada pena de silencio que me he impuesto —ni escribirte ni hablarte? En verdad, manteniendo hasta ahora esta triste determinación, me parece que cabe aplicarme las palabras del profeta: ‘Me estuve quieto y me contuve como una parturienta en su trabajo’ —siempre ansiando saber de ti y verte, siempre decepcionado por mal de mis pecados. A ninguna otra causa puede atribuirse esta situación, si no es que me has retirado tu afecto como castigo por viejas transgresiones. Sí, aunque la palabra distanciamiento, pronunciada por cualquiera, no fuese un pecado, si lo es si el que la pronuncia soy yo, a quien tú has hecho de padre desde el principio. Sin embargo, demasiado largo en verdad ha sido el tiempo de mi castigo. Y como no puedo aguantarlo más, soy el primero en hablar, rogándote que te acuerdes tanto de mí como de ti que me has tratado a lo largo de mi vida con mayor ternura que la exigida por el parentesco, y que por mí vuelvas a la ciudad que gobierno, en lugar de mantenerme alejado.

Si algún consuelo hay en Cristo, si hay un lazo en el Espíritu, y entrañas de conmiseración, cumple mi ruego, pon fin en seguida a esta pena, iniciando en adelante un estado de cosas más gozoso, convirtiéndote tú mismo en guía de otros para la rectitud, no

siguiendo a otros en el error. Ningún rasgo tuyo es más patente que la paz y la dulzura de tu alma. Tanto, que de por sí atrae y hasta se diría que dispensa a quienes se acercan el óleo fragante de su amabilidad. Puede que haya obstáculos por el momento, pero dentro de poco se revelará como una bendición la paz. Pero mientras nuestra disensión dé pie a chismes, necesariamente han de crecer nuestras mutuas quejas. Si es indecoroso que otros me dejen de lado, mucho más lo es viniendo de tu venerable persona. Dime si te he faltado en algo, y procederé mejor en adelante. Pero esto es imposible sin ponernos en contacto. Si en cambio no he cometido ninguna ofensa, ¿por qué detestarme? Digo esto a modo de autodefensa.

No preguntaré qué dirán para excusarse esas iglesias que con tan poca dignidad han tomado parte en nuestra disputa, porque no quiero ofender con mi carta, sino al contrario. Lúcido como eres, no podrán escapársete esta clase de cosas y, mejor que yo lo verás y lo harás ver a otros. Antes que yo por cierto eras sensible a los males existentes en las iglesias, y los has padecido más agudamente pues desde hace mucho aprendiste del Señor a no despreciar ni el más mínimo de sus asuntos. Actualmente, además, el mal no se limita a un individuo o dos, sino que ciudades y comunidades enteras son partícipes de nuestro infortunio. Reconfortame, pues, ya sea viniendo a verme, ya por escrito, ya enviando a buscarme, o como quieras. Mi más ardiente deseo es que te aparezcas en mi iglesia, para que mi grey y yo nos beneficiemos con tu vista y tus palabras de gracia. Será lo mejor, si es posible, pero aceptaré cualquier propuesta que me hagas. Tan sólo permíteme pedirte que me hagas saber claramente tus intenciones” (Ep.59).

6

Una vez superado este malentendido, sobrevino otro sobre una cuestión más dolorosa aún, pues no se trataba ya de un malentendido entre amigos, sino de un diferendo real en el credo religioso, que no admitía pérdida de tiempo.

Eustathius había sido uno de los discípulos de Arrio en Alejandría, y fue ordenado en Antioquía por los arrianos. Más tarde se unió en Asia Menor al partido de los semi (o medio) arrianos y prosiguió con ellos varios años. Dicho partido perdió el control de la corte al morir el emperador Constantio; y durante el reinado de Valente, príncipe totalmente arriano, Eustathius dejó a los semiarrianos para adherirse al arrianismo del nuevo emperador. Hasta ese entonces Eustathius había sido amigo de Basilio dándole pruebas de celo y honestidad a pesar de su error. Llevaba una vida austera, profesaba

una estricta adhesión a la verdad y no parecía desprovisto del espíritu de amor cristiano. Incluso, después de su primera caída tras la muerte de Constancio, llegó a dar muestras de sinceridad al ir a Roma a fin de adherir al credo católico y reconocer públicamente sus faltas. Pero luego se volvió acérrimo enemigo de Basilio. La carta siguiente, escrita en 375 en momentos de la primera ruptura entre ambos, resulta interesante en cuanto revela algunas particularidades de los primeros tiempos de la vida de Basilio:

Basilio, respondiendo a Eusthatius, obispo de Sebaste:

"Hay un tiempo para callar, y un tiempo para hablar, como dice el predicador del Eclesiastés. Así, después de haber callado lo suficiente, es tiempo de abrir la boca para exponer lo que no se sabe. Pues hasta el gran Job aguantó largamente en silencio sus aflicciones, y manifestó su fortaleza soportando las peores pruebas. Pero tras haber enfrentado este silencioso combate, relegando constantemente su dolor en lo profundo del corazón, abrió al fin la boca para expresar lo que todos sabemos, y en alta voz dijo lo que se nos cuenta en la Escritura. Yo también he guardado silencio casi tres años, y puedo jactarme con el profeta de haber sido como alguien que no oye y no responde. Así, me guardé el dolor de las calumnias amontonadas sobre mí. Esperaba que el mal se curase solo, pues suponía que lo dicho en mi contra provenía de la ignorancia y no de malos sentimientos. Sin embargo, ahora que veo que continúa la inquina contra mí y que los partidos que la manifiestan no dan muestras de dolerse por lo que han dicho ni de querer curar lo pasado, sino que redoblan sus esfuerzos conjuntos hacia el mismo fin que originalmente se proponían, para arruinar e injuriar mi reputación, ya no corresponde callar.

Yo, después de pasar largo tiempo en vanidades, y desperdiciar buena parte de mi juventud en el vano esfuerzo de estudiar esa sabiduría que Dios tiene por locura, cuando al fin, arrancado de ella como de un sueño, avisoré la maravillosa luz de la verdad evangélica, y discerní la inutilidad de la sabiduría enseñada por las autoridades de este mundo, deplore mi descuido y rogué que se me acordase un guía para entrar en la doctrina divina. Y sobre todo traté de reformar mi corazón, pervertido por el largo contacto con los corruptos. De modo que cuando leí el Evangelio y de allí deduje que el mejor inicio para la perfección era vender mis bienes y compartirlos con mis hermanos indigentes, y al mismo tiempo no preocuparme por esta vida, y desprender mi alma de toda atracción por las cosas terrenas, ansí ardientemente encontrar algún hermano que

hubiera hecho la misma elección y que pudiera acompañarme en la breve travesía de esta vida. Encontré muchos en Alejandría, muchos en el resto de Egipto, y en Palestina, Celesiria y Mesopotamia, cuya abstinencia y perseverancia me causaron admiración, y cuya constancia en la oración me maravilló. Me sorprendió cómo se sobreponían al sueño a pesar de la necesidad natural, manteniendo siempre alto y libre su espíritu ante el hambre y la sed, el frío y la desnudez, sin mirar al cuerpo ni pensar en él, viviendo en la carne como si no fuera propia; cómo demostraban en hechos lo que es ser pasajeros en este mundo y lo que es tener nuestra conversación en el cielo. Admirando y exaltando la vida de esos hombres que de este modo llevaban realmente sobre sí la muerte del Señor Jesús, yo mismo anhelé imitarlos en la medida de lo posible."

Aquella expedición entre los monjes tuvo lugar en 357, cuando Basilio tenía veintiocho años, al poco tiempo de su estadía en Atenas e inmediatamente después de haber perdido a su hermano Naucratis.

Y prosigue:

"Con esa intención, y descubriendo que en mi propio país había quienes trataban de emular a aquellos monjes, creí haber encontrado ayuda para mi propia salvación y adopté lo que se considera el signo externo de lo que está escondido. Ya que es difícil penetrar en lo más secreto del corazón humano, estimé que al menos un humilde hábito es prueba de humildad, y me confié al grosero hábito, al cordón y a las burdas sandalias. Por más que muchos me hubieran disuadido, no los hubiese escuchado, pues viendo que aquellos monjes preferían una vida dura a la autocomplacencia, los admiraba y defendía en ese extraordinario género de vida. En consecuencia, tampoco soportaba que atacaran sus doctrinas, aunque muchos pretendían que profesaban un credo erróneo y que diseminaban secretamente las doctrinas de su jefe, autor de la herejía reinante. Como jamás les oí personalmente tales cosas, concluí que se trataba de calumnias. Más tarde, cuando fui llamado a gobernar la Iglesia, ¡no me atrevo a decir a lo que llegaron los que pretendían ser guardianes y custodios de mi vida, so pretexto de amor y diálogo! No sea que recaiga sobre mí por ser increíble, o que infecte de misantropía a quienes lo crean. En verdad por poco caí yo en esta calamidad, de no ser porque rápido lo evitó la misericordia de Dios, ya que, herido en la mente por semejantes dardos estuve a punto de sospechar de todos y pensar que en ningún lado podía encontrarse la verdad. Pero durante un tiempo me mantuve en contacto con los monjes, y de nuestras conversaciones sobre puntos dogmáticos surgió que estábamos

de acuerdo. Ellos encontraron en mí la misma fe que habían recibido desde el principio. En verdad, aunque yo haya hecho cosas que me hacen gemir, puedo al menos gloriarme en el Señor de no haber sostenido jamás una doctrina errónea sobre Dios ni haber cambiado mi profesión de fe. La idea de Dios que recibí de mi madre y de su madre Macrina, es la que siempre creció en mi interior. Nunca me aparté de ella cuando se desarrolló mi razón, sino perfeccioné los rudimentos de la fe que ellas me habían dado.

Se me acusa de blasfemia contra Dios, a pesar de que nada puede imputárseme, ni en mis primeros escritos sobre materias de fe, ni en mis públicas enseñanzas orales, dadas sin libro como es usual en las iglesias. Averigüad vos mismo. ¡Cuántas veces me visitasteis en mi monasterio sobre el Iris cuando mi muy religioso hermano Gregorio estaba conmigo, siguiendo la misma regla de vida que yo! ¿Me oísteis entonces algo de ello, o captásteis alguna insinuación, de peso o liviana? ¿Cuántos días pasamos juntos en la aldea de enfrente con mi madre, tratando día y noche temas sobre los cuales encontramos que mutuamente simpatizábamos?

Un hombre ha de reflexionar mucho, sí, pasarse en vela muchas noches y con lágrimas interrogar a Dios cuál es su deber, antes de arriesgarse a romper una amistad. ¡Y ellos fundan su conducta sólo en una carta, y ésta dudosa! Pero en realidad, no es esa carta la causa de su separación. Me da vergüenza mencionar la verdadera razón, y no lo diría ahora ni nunca, si no fuese que su actual conducta requiere para el bien general que se hagan públicos todos sus designios. Esas honestas personas estiman que la intimidación conmigo les sería un obstáculo para sus pretensiones; de manera que, habiendo suscritos antes al credo que les prescribí (sin que en aquel entonces yo desconfiara de sus opiniones, lo admito, sino con el deseo de evitar las sospechas que les tenían muchos de mis hermanos, que pensaban como yo), ahora, para evitar que a causa de dicha confesión los rechace el partido en ascenso, han roto conmigo y han tomado esa carta como pretexto de la ruptura. La prueba más clara es que, al repudiarme, han hecho circular sus acusaciones por todas partes antes de hacérmelo saber a mí. Ya estaban en manos de otros siete días antes de que me llegara a mí el cargo, y esas personas lo habían recibido de otros para hacerlo circular. Lo supe entonces por amigos que me informaron con certeza sobre sus manejos; pero decidí guardar silencio hasta que Aquel que ilumina lo secreto revele sus planes con toda la claridad y fuerza de la evidencia" (Ep.223).

En sus cartas Basilio aparece sensible, inquieto y afectuoso, pero por otra parte tenía una reserva y un modo calmo que sus contemporáneos atribuían a veces a orgullo, a veces a timidez. Gregorio Nacianceno, informando sobre el primer cargo, exclama:

"¿Es posible que un hombre abrace a los leproso y se abaje a tal punto, y sea altivo con los sanos? ¿que someta a mortificaciones su carne, y tenga el alma hinchada de hueca soberbia? ¿que condene el fariseo, y caiga en el orgullo? ¿que sabiendo que Cristo se anonadó hasta tomar la condición de siervo, que comió con publicanos y lavó los pies de sus discípulos, y que no desdenó la Cruz para clavar en ella mis pecados, a pesar de ello se eleve sobre las nubes y no se considere igual a los demás, como les parece a los que están celosos de él? Yo, en cambio, supongo que lo que éstos llamaban orgullo no era sino efecto de su carácter contenido, de su compostura y educación" (Orat.43).

Este testimonio es tanto más contundente cuanto procede de alguien al que una vez —como veremos— ofendió Basilio con un comportamiento al parecer típico de un carácter arrogante. De todos modos, según Gregorio dicha imputación se difundió en vida de Basilio, llegando a oídos de Jerónimo, que quizás lo creyó, en su gruta de Belén. Pero aunque no siempre las palabras testifican los hechos, pienso que la mayoría ha de admitir que las siguientes frases de Basilio en su Homilía sobre la Humildad corroboran lo dicho por Gregorio en defensa de su amigo:

"¿Cómo alcanzaremos la salvífica humildad, abandonando la mortífera elevación del orgullo? —se pregunta Basilio—. Practicando en todo cuanto hacemos algunos actos de humildad, y no descuidando nada so pretexto de que el descuido no nos hará daño. Porque el alma es influida por las observancias exteriores, y se forma y modela por sus acciones. Por tanto, pues, que tu apariencia, tu vestido, tu manera de caminar y de sentarte, tu mesa, tu habitación, tu casa y mobiliario, todo esté dirigido por la humildad. Igualmente, que tus dichos, cantos y conversaciones se encaminen a la bajeza y no a la exaltación. ¿Pero quizás te reservan el mejor sitio, y los hombres te estiman y honran? Hazte semejante a los que se ven sometidos, "no enseñoreándote sobre los inferiores", dice la Escritura, a diferencia de los dominadores de este mundo. Pues al que quiere ser el primero, el Señor le manda ser siervo de todos. En una palabra: persigue la humildad enamorándote de ella. Ámala, y ella te glorificará. Así avanzarás noblemente hacia la verdadera gloria,

que está con Dios y entre sus ángeles, y ante ellos Cristo te reconocerá como su discípulo, y te glorificará, si aprendes a imitar su humildad" (Hom.de Humilitate).

La acusación opuesta a que dio lugar su reserva, fue la de timidez. Es notable que él mismo, escribiéndole a un amigo, señale jovialmente "la falta de vivacidad" y la "indolencia" de los capadocios, atribuyéndose a su vez estas cualidades (Ep.48). ¡No menos notable es que, después de su muerte, el hereje Eunomio acuse al que se opuso a Valente y a Modesto nada menos que de "cobarde y pusilánime" y de "rehuir los trabajos pesados", y que hable despreciativamente de "su morada retirada y su puerta herméticamente cerrada, y su turbación cuando alguien entraba, y su voz, aspecto, expresión y otros síntomas de miedo"! (Greg.de Nyssa, App.p.46). En relación con este malicioso retrato tan alejado de la verdad, vale la pena señalar una curiosa diferencia, en algo de poca importancia, entre Basilio y el gran Ambrosio de Milán, que era en cambio un hombre de mundo. En efecto, mientras el primero fue descripto cerrando la puerta, fue una peculiaridad de Ambrosio no encerrarse nunca en su casa y ser accesible en todo momento. Igualmente, el historiador arriano Philostorgius se refiere a Basilio como "superior a muchos en cuanto su poder de discusión, pero evitando las discusiones públicas por causa de su timidez". Y Gregorio hace algunas observaciones sobre su amigo que sirven para ilustrar la timidez o reserva de espíritu de la cual se quejan aquellos otros autores. Con esta curiosa observación, se diría que lo pone a Basilio ante nuestros ojos:

"Tales fueron las virtudes del hombre, tal la amplitud de su celebridad, que otros, para ganar reputación, incluso copiaron muchas de sus peculiaridades y hasta sus imperfecciones corporales, como por ejemplo su palidez, su barba, su modo de caminar, su circunspección al hablar, por ser generalmente de profundo pensamiento y ceñido al tema. Estas cosas, muchos las imitaron mal y, sin entenderlas, las ensombrecieron; y además, las características de su hábito, la forma de su cama, y el modo de comer, nada de lo cual era en él estudiado, sino

natural y espontáneo. Así, podía uno encontrarse con muchos Basilios, mas por exterioridades que, más que ecos, no eran sino como reflejos en la sombra. Pues al menos el eco repite las últimas sílabas con mayor claridad aún, pero aquellos están tanto más lejos de Basilio cuanto querían estar cerca. Además, ya no es un honor común, sino el mayor de los honores, y con razón, haber estado alguna vez en su compañía, haberle prestado atención, o guardar memoria de lo dicho o hecho por él, jovial o seriamente, ya que hasta los menores gestos de este hombre son más preciosos e ilustres que los hechos con esfuerzo por otros" (Orat.43).

Las últimas palabras aluden a la jovialidad de Basilio. Y sus cartas reflejan abundantemente esta cualidad, por más que sean muy reflexivas. Para que el lector no se quede con una impresión más austera de lo que la verdad permite, agregaré este otro pasaje de Gregorio:

"¿Quién más amable que él para con los buenos, o más severo para con los pecadores? Hasta su sonrisa era muchas veces una alabanza, y su silencio un reproche que castigaba el mal en la íntima conciencia. Si bien no era charlatán, ni juguetón, ni amigo de chanzas, ni inclinado en general a ser todo para todos y condescendiente, ¿qué decir entonces? ¿Acaso no es esto una alabanza, y no un defecto, ante los hombres con sensibilidad? Pero si buscamos algo de aquello, ¿quién más entretenido que Basilio en la relación social? Lo sé por quienes lo han experimentado en su compañía. ¿Quién podría contar una historia con más ingenio? ¿Quién podría bromear con más gracia? ¿Quién podría dar un consejo con mayor delicadeza? Y todo ello sin demasiada severidad en sus reproches, ni demasiado flojera en su gentileza." (Orat.43)

Basilio, que había nacido en 329, murió el 1º de enero de 379. Recobró fuerzas ante su muerte, y pronunció su último discurso con más vigor que nunca. Su último acto fue ordenar a algunos de sus discípulos más cercanos. Expiró con estas palabras: "En Tus manos encomiendo mi espíritu".

(continuará)

(Traducción de Inés de Cassagne)

1 Versos tomados de *The Christian Year* de John Keble (Oxford, 1827).

2 Nosotros hemos alterado este itinerario al dar, antes, los dos capítulos sobre San Agustín (*Newmaniana* n°27 y n°28).

3 Se trata de San Gregorio de Nacianzo.

4 En 325 Constantino trasladó la capital del Imperio Romano, de Roma a Constantinopla (Bizancio, hoy Estambul). El Asia Menor formaba parte del Imperio.

5 Ciudad italiana -hoy Rimini- de la costa del Adriático. Si bien la mayoría de los 400 obispos de ese concilio era ortodoxa, la minoría arriana maniobró de tal modo que se llegó al cabo a una fórmula vaga y equívoca.

6 El Concilio de Nicea, de 325, dice en su Credo que el Hijo es "homousios Patri", es decir, consubstancial al Padre (en latín "consubstantialis Patri"), contra Arrio, que hablaba del Hijo como

inferior al Padre, emanado de Aquél y por lo tanto creado. Por eso el Credo puntualiza: "engendrado, no creado", agregando que era "Dios de Dios, Luz de Luz, consubstancial al Padre".

7 Es decir, el primer "monje".

8 Eunomio enseñaba que el Hijo es "desemejante" (en griego: *anomoios*) al Padre, lo cual constituía una nueva especie de arrianismo.

9 Apolinar primero adhirió a Nicea, pero en su ardor por combatir el arrianismo y afirmar la divinidad de Cristo cayó en el error opuesto de reducir su naturaleza humana negando que tuviese un alma racional.

10 Gregorio compara a Basilio con aquel artesano citado en el libro del Éxodo, que fue suscitado por Dios para construir su tabernáculo.

11 Eran sofistas que jugaban con las palabras.

Publicaciones recientes 1999-2000

I. WORKS OF NEWMAN, TRANSLATIONS, NEW EDITIONS, ANTHOLOGIES, EXTRACTS

- Brady, Jules M. *Newman for Everyone: 101 questions answered imaginatively by Newman*, 2nd. Edition, Alba House, New York 1998, xii + 154 pp.
- Newman, John H. *The Letters and Diaries of John Henry Newman*, Volume VIII: Tract 90 and the Jerusalem Bishopric: January 1841-April 1842. Edited at the Birmingham Oratory with Notes and an Introduction by Gerard Tracey, Clarendon Press, Oxford 1999, xxviii + 644 pp.
- Newman, John H. *Meditations on the Stations of the Cross*. Catholic Truth Society, London 1999, 32 pp.
- Newman, John H. *Two Essays on Miracles*, Wipf & Stock Publishers, Eugene OR 1999, 412 pp.
- Newman, John H. *Selected Sermons, Prayers, and Devotions*, John F. Thornton, Susan B. Varenne (eds). Introduction by Peter J. Gomes, Vintage Books, New York 1999, xxxvii + 392 pp.
- Newman, John H. *Lettera al Duca di Norfolk: Coscienza e libertà*. A cura di Valentino Gambi, Paoline, Milano, 1999, 455 pp.
- Newman, John H. *L'Idée d'Université: les disciplines universitaires* (deuxième partie). Introduction de Jacques Sys, Presses Universitaires du Septentrion, Lille 1997, 234 pp.
- Newman, John H. *Maria: pagine scelte*. Introduzione, scelta dei testi e note di Philip Boyce, Paoline, Milano 1999, 405 pp.
- Newman, John H. *Mémoire sur ma relation avec l'université catholique*. Etudes Newmaniennes N°14. Notes de Michel Durand, Association Française des Amis de J.H.Newman, Lyon 1998, 5-116 pp.
- Newman, John H. *Calista*. Víctor García Ruiz (ed.) Encuentro, Madrid, 1998.
- Newman, John H. *Rozmyślenia i modlitwy poezje (Meditations and Devotions, Verses on Various Occasions, The Devotions of Bishop Andrews, The Dream of Gerontius)*. Przełożył i posłowiem opatrzył, posłowie Zygmunt Kubiak, Instytut Wydawniczy Pax, Warszawa 1995, 571 pp.
- Newman, John H. *O rozwoju doktryny chrześcijańskiej (An Essay on the Development of Christian Doctrine)*. Słowo wstępne napisał Witold Ostrowski, Fronda, Warszawa 1999, 406 pp.
- Newman, John H. *Sermons paroissiaux V: La sainteté chrétienne. Ontroduction et notices par Pierre Gauthier*, Les éditions du cerf, Paris 2000, 304 pp.

II. STUDIES ON NEWMAN AND RELATED SUBJECTS

1. Books and Monographs

- Biemer Günter *Die Wahrheit wird stärker sein*. Peter-Lang Verlag, Frankfurt-Bern 2000 (Forthcoming in Newman Studien vol. 17).
- Cavaller, Fernando María *Aproximación a Newman*. Ediciones de la Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 1998, 236 pp.
- Hodge, Robert *Cardinal Newman and the Prayer of the Heart*. McCrimmons, Great Wakering-Essex, 1999, 128 pp.
- Klos, Jan *John Henry Newman i filozofia: Rozum-i-przyswiadczenie-wiara (John Henry Newman and Philosophy: reason-assent-faith)*. Prace Wydziału Filozoficznego 80, Towarzystwo Naukowe Katolickiego Uniwersytetu Lubelskiego, Lublin 1999, 242 pp.

- Ledek, Ronald *The Nature of Conscience and its religious significance with special reference to John Henry Newman*. International Scholars Publication, Lanham, MD, 1997, 140 pp.
- Morales, José Marín *Teología, experiencia, educación: Estudios Newmanianos*, Eunsu, Pamplona, 1999, 195 pp.
- Perrott, Michael J. L. *Newman's Mariology*. The Saint Austin Press, Southampton, 1997, 93 pp.
- Whalen, David M. *The Consolation of Rhetoric: John Henry Newman & the realism of personalist thought*. International Scholars Publication, Lanham MD, 1997, 257 pp.
- 2. Dissertations**
- Attard, Fabio *A study of conscience in the Parochial and Plain Sermons, of John Henry Newman*. The Milltown Institute of Theology and Philosophy, Dublin, 1999, 119 pp.
- McCarren, Gerard H. "Test" or "Notes"? A critical evaluation of the criteria for genuine, doctrinal development in John Henry Newman's "Essay on the Development of Christian Doctrine", Parts 1 and 2. UMI Dissertation Information Service, Washington DC 1998, ix + 1031 pp.
- Manning, John Patrick *John Henry Newman and the Rambler: a model of theological integrity*. UMI, Ann Arbor, MI 1999, 831 pp.
- Njunge Gathogo, Patrick *The relationship between faith and baptism in the "Lectures on the Doctrine of Justification" of John Henry Newman*. Pontificia Universitas Sanctae Crucis, Romae 1999, 169 pp.
- 3. Collections of Essays**
- Association Française des amis de J. H. Newman (Ed.), *Actes du Colloque de Chantilly (mai 1998), Newman et l'éducation: une réflexion pour le XXI^e siècle?*, *Etudes Newmaniennes* N°15, Lyon 1999, 240 pp.
- Ker, Ian, *L'Idée d'Université: un guide pour l'Université contemporaine?*, pp. 11-34;
- Hilaire, Yvette, *L'Idée d'Université II: ce qui demeure valable*, pp. 35-43;
- Beaumont, Keith, *The Rise and Progress of Universities ou le 'développement' d'une 'idée'*, pp. 45-58;
- Roverselli, Carla, *To realize: un principe éducatif dans les 'écrits anglicans de Newman'*, pp. 59-79;
- Honoré, Jean, *L'Idée d'Université: un défi et une promesse*, pp. 81-88;
- Gauthier, Pierre, *L'Idée selon Newman: de l'idée de développement à celle d'Université*, pp. 89-104;
- Clavel, Pierre, *Un testament universitaire de Newman*, pp. 105-118;
- Jumeau, Alain, *Newman et la recherche scientifique*, pp. 119-131;
- Degos, Jean-Denis, *Médecine et Université*, pp. 157-164;
- Caffin, Gilbert, *Des tensions constructives pour l'avenir de l'éducation en Europe: débat entre le Conseil de l'Europe à Strasbourg et la Commission de l'Union européenne à Bruxelles*, pp. 164-173;
- Halimi, Suzy, *L'Université dans la Cité*, pp. 175-187;
- Jacques, Francis, *Enseigner-éduquer et de quelques autres traits d'union*, pp. 189-212;
- Chadwick, Owen, *Newman et l'Université du XX^e siècle*, pp. 213-221;
- Clavel, Pierre, *L'éducation selon Newman: essai de bibliographie*, pp. 223-238;
- 4. Articles**
- Achten Rik, *First Principles en de Weg naar de Waarheid volgens Newman*, *Comunio* 25 (1999), 305-315.
- Amigos de Newman en la Argentina, *Indice general Newmaniana 1990-1999*. Newmaniana N°28 (1999), 38-40.
- Cavaller, Fernando María, *La persona de Jesucristo en los escritos de Newman*, Newmaniana N°22 (1997), 7-21.
- Dell'Unto, Mara, *Newman y la música*, Newmaniana N° 27 (1999), 4-20).
- Dulles, Avery, *"Ricerca coraggiosa" (FR n°74) della verità: fede e ragione nella vita di studio: un breve confronto con E. Stein e J. H. Newman*. Fede e ragione (1999), 277-290.
- Enright, Edward J. *The Cognitive Basis of Faith*. Philosophy and Theology 10 (1998), 19-31.
- Newman and the Process of Religious Commitment: the letters as spiritual direction*. The Downside Review 116 (1998), 235-256.
- "Between the devil and the deep sea". John Henry Newman and Richard Holt Hutton*. Recusant History 24 (1999), 507-522.
- Fields, Stephen, *Image and truth in Newman's Moral argument for God*. Louvain Studies 24 (1999), 191-210).
- Fuente Martínez, Alberto, *Revelación y fe en John Henry Newman*, Mayèutica 24 (1998), 431-484.

- Hittinger, John P. *Newman, Theology and the crisis in liberal education*. Journal of Interdisciplinary Studies 11 (1999), 61-82.
- Imbrechts H. *De ontmoeting met Christus in de Eucharistie bij Newman*. Eucharistie en geestelijk leven, Okt/Nov 1999, 214-225.
- Ker, Ian T. *Newman: descubrimiento del catolicismo después de su conversión*. Newmaniana N°26 (1999), 4-16.
Newman's Idea of a university: a Guide for the contemporary university? The Idea of a University. Edited by Smith, David and Langslow, Anne Karin, Jessica Kingsley Publishers, London, 1999, 11-29.
- Merrigan, Terrence, *Denkend christen-zijn in de Kerk: overwegingen vanuit het werk van John Henry Newman*. Collationes 28 (1998, 369-383).
- Morrone, Fortunato *La teologia di Newman di fronte alla morte. Lineamenti dell'escatologia in J.H. Newman*. Ricerche Teologiche X (1999/1), 179-207.
- Olivieri Pennesi, Alessandro, *La dottrina della giustificazione nella "Lectures on Justification" di J. H. Newman*. Euntes Docete 51 (1998), 127-160.
- Pan, David *The crisis of the humanities and the end of the university*. Telos 111 (1998), 69-106.
- Pegueroles, Juan *Oltra veritat, oltra rason en Newman y Gadamer, Kierkegaard y Blondel*. Espiritu 47 (1998), 37-46.
- Robinson, Jonathan *Towards a Theory of tradition. On the Lord's Appearing. An Essay on Prayer*. T&T Clark, Edinburgh 1997, 7-59.
- Rodríguez Quiroga, Silvia *Newman y la teología*, Newmaniana N° 25 (1998), 30-36.
- Roverselli, Carla *Diventare reali: un principio educativo negli scritti anglicani di John Henry Newman*. Orientamenti Pedagogici XLV 270 (1998), 997-1012.
- Rutler, George W. *Newman and the Bishops*. Homiletic and Pastoral Review (1999/8), 20-26.
- Scotti, Paschal *Wilfrid Ward and the "Dublin review"*. The Downside Review 117 (1999), 191-216.
- Theissen, Elmer *Liberal education and the embarrassment of teaching for commitment*. The Newman Rambler 5 (1998), 9-14.

5. Newspaper articles, short or popular essays, etc.

- Anonymous *John Henry Newman on the mass*. Adoremus Bulletin 5 (1999/5), 8.
- Anonymous *Creiem en l'Esperit Saint*. Newman: idees-document-etudis 21 (1997) 5-10.
- Armogathe, Jean-Robert *La lumière du Père, Supplément: 'L'Esprit Saint, bonté de Dieu'*. Famille chrétienne 1056 (1998), 1-7.
- Barbera, Enza, Buscemi, L. *Parco letterario John Henry Newman, un percorso nella regione dello spirito*. Lions Club Leonforte Notiziario XVII (1999/Mar), 24-28.
- Benvenga, Nacy, *Newman's friends in need: with the support of Newman, Edward Caswall braved the wrath of his family, and converted to Catholicism*. Catholic Herald (17-07-1998), 7.
- Biemer, Günter *Saint Teresa Benedicta of the Cross (Edith Stein) and the venerable John Henry Newman*. Friends of Cardinal Newman Newsletter, Christmas 1998, 8.
- Cavaller, Fernando María *El Papa vuelve a citar a Newman*. Newmaniana N°25 (1998), 2-4.
Tres sermones sobre la santidad. Newmaniana N°25 (1998), 18
Un encuentro camino a Roma, Newmaniana N°27 (1999), 2-3.
- Cristaldi, Giuseppe *Il Genius Loci: Newman a Leonforte*. Lions Club Leonforte Notiziario XVII (1999/Mar), 29-30.
- De Cassagne, Inés *Don't be original (!No seas original!): una carta que es un modelo de crítica, o la humilde servicialidad del autor eclesiástico*, Newmaniana N°26 (1999), 33-36.
La concepción poética de John Henry Newman, Newmaniana N°28 (1999), 20-24.
La necesidad de libros que acerquen a la conversión y libros que den a los creyentes razón de su fe, Newmaniana N°21 (1997), 12-13.
- De Margerie, Bertrand, S.J. *Newman and Mary, Mother of God*. The Month (1999/May), 189-191.
- Gavin, Canon Thomas *Homily Given at the mass to celebrate the 150th Anniversary of the Opening of St. Wilfrid's Roman Catholic Church, Cotton (28.04.1998)* Friends of Cardinal Newman Newsletter, Summer, 1998, 3.
- Holderness, Graham, *Come Back, Cardinal Newman*. The Times, (17.10.1997), 1p.
- Ker, Ian T. *Newman and conversion*. Homiletic and Pastoral Review (1998/6) 76-77.
- Kwasniewski, Peter A. *The conversion of John Henry Newman*. The Catholic Faith (San Francisco) 5 (1991/1).
- Lahogue, Ange *Dieu le Père dans l'oeuvre de Newman*. Espérance et vie 481 (1999), 10-14.
Dieu notre Père dans l'oeuvre de Newman I. Espérance et vie 482 (1999), 9-12.
Dieu notre Père dans l'oeuvre de Newman II. Espérance et vie 483 (2000), 21-24.
- Lemm, Robert *Een uitdaging van het vrije zweeten: blauwdruk van een universiteit*. Nucleus 10 (1999), 4-5.
- McKee Francis, *Callista, A Tale of the Third Century, (John Henry Cardinal Newman)*. The Newman Rambler, 6 (1999), 21-22.
- McSweeney, Kerry *Hopkins, Newman and the Use of Poetry*. The Newman Rambler 6 (1999), 18-20.

NEWMAN EN LA UNIVERSIDAD

Dos Conferencias a cargo de:
- Dra. Inés de Cassagne
- Pbro. Lic. Fernando María Cavaller

110° aniversario de la muerte de Newman

EN LA UNIVERSIDAD CATOLICA ARGENTINA
EDIFICIO TOMAS MORO
ALICIA MOREAU DE JUSTO 1500
CAPITAL FEDERAL

- ENTRADA LIBRE -



TARJETA DE SUSCRIPCION 2000

DESEANDO SUSCRIBIRME A NEWMANIANA
POR EL AÑO 2000 (Nº 29, 30 y 31), REMITO LA SUMA DE:

☐

\$ 20.- (SUSCRIPCION ORDINARIA)

☐

\$ 30.- (SUSCRIPCION DE APOYO)

ENVIAR CHEQUE O GIRO POSTAL A LA ORDEN DE *FERNANDO MARIA CAVALLER*, O EN EFECTIVO.

NOMBRE _____ APELLIDO _____

INSTITUCION _____

CARGO _____

DIRECCION _____

COD. POSTAL _____ CIUDAD _____

PROVINCIA (ESTADO) _____ PAIS _____

TELEFONO: _____ FAX: _____ E-mail: _____

AVDA. LINIERS 1560 (1648) TIGRE - PCIA. DE BUENOS AIRES

“Otro año se abre ahora ante nosotros. Habla al que piensa y lo escuchan aquellos que tienen oídos expectantes, y vigilan esperando la llegada de Cristo. El año anterior ya se fue, murió, yace en la tumba del tiempo pasado, no sin embargo para decaer y ser olvidado, sino guardado en la mirada omnisciente de Dios.”

Parochial and Plain Sermons VII, 9
1º de enero de 1832